

HOJARASCA

POR

RICARDO FERNÁNDEZ GUARDIA





SAN JOSÉ DE COSTA RICA

M DCCC XCIV

1894

El cuarto de hora

EN una habitación apartada, adonde apenas llegaba el rumor de las cadencias de la orquesta, habían buscado refugio varias personas, que ya por su edad, ya por fastidio, huían del baile. La conversación era general en los grupos de las mamás, que procuraban por este medio engañar el sueño. Hablaban de casamientos, de males, del último escándalo de la fulanita, de la carestía de los víveres y otras banalidades por el estilo, base y fundamento de la charla de nuestras burguesas americanas. En uno solo de los corrillos parecía reinar verdadero

buen humor, según eran de frecuentes las risas discretas de las personas que lo formaban, siendo de notarse que todas ellas eran por lo menos cuarentonas.

La conversación rodaba alegremente sobre lo del cuarto de hora de las mujeres; tema viejísimo, rebatido de generación en generación, pero siempre nuevo y picante.

—El cuarto de hora no lo padecen más que las mujeres casquivanas—sostenía doña Soledad de Arleguí, viejecita enjuta y de mucho palique.—Una mujer honrada y cristiana no tiene cuartos de hora.

—No, que no—replicaba con viveza el general Pérez.—Todas, doña Soledad, todas ustedes pasan por ese momento crítico, aunque no sea más que una vez en la vida. El todo consiste en que la suerte les sea adversa ó propicia en ese lance delicado.

—De manera que según V., general, la mujer que no ha faltado, es por mera casualidad, porque la ocasión no ha favorecido su caída, ó bien porque el seductor no ha sabido

aprovechar el momento; en fin, por mil razones, menos por virtud.

—Pues, casi casi. Descartando, por supuesto, á las que por su fealdad no han estado expuestas á tentaciones.

—¡Qué atrocidad, general! Tiene V. unas cosas y una moral verdaderamente militares.

—No tal; esta manera de pensar no es solamente mía; mis opiniones sobre esto del cuarto de hora de las mujeres son en lo general compartidas por todos los hombres que han corrido un poco y visto el mundo. Y no me cabe duda que si se pusieran á votación secreta entre las mujeres mi teoría y la de V., habría de triunfar la mía por gran número de votos.

—No lo pienso yo así—repuso doña Soledad.—V., como todos los hombres que han calavereado mucho—y no creo ofenderle al decir esto (*sonrisa del general*)—se imagina que todas las mujeres son iguales á las que han tenido la debilidad de ceder á sus caprichos, sin

tomar en cuenta que de esas han triunfado, en la mayoría de los casos, porque ellas mismas deseaban ser vencidas. La mujer que nace débil lleva en sí un no sé qué indefinible, pero que se conoce á la legua; un cierto airecito de liviandad que va diciendo: «Tómame; yo soy de las que tienen cuarto de hora.» ¿No opina V. lo mismo que yo, María?—añadió dirigiéndose á una señora bastante jamona, pero que parecía haber sido muy hermosa.

La interpelada contestó con uno de esos gestos vagos, que tanto quieren decir que sí como lo contrario. El general la miró de cierta manera maliciosa; y ella, visiblemente turbada por esto, trató de marcharse.

—No se vaya V., María—dijo el militar con cierto retintín disimulado.—Quiero que sea V. testigo de la derrota de mi terrible adversario. Me propongo probarle ahora que no sólo las mujeres que tienen el airecito aquél, son accesibles á las traidoras embestidas del temido cuarto de hora. Voy á referir á ustedes—agregó dirigiéndose á todos—un lance amoroso de

que fué protagonista un amigo mío muy querido, hace ya más de veinte años. El asunto tuvo por cuadro el lindo puerto de Puntarenas, el cual se hallaba por ese tiempo en todo su esplendor comercial. Ese amigo mío, á quien llamaré Carlos, y yo vivíamos en aquel entonces allí, con la esperanza de hacer fortuna. No lo pasábamos del todo mal, trabajando mucho y divirtiéndonos como Dios manda, sobre todo en la temporada de los baños, allá por los meses de febrero y marzo. El año 65, si mal no recuerdo, fueron muchos los bañistas que acudieron del interior de la República, á secar al amor de aquel sol de fuego sus miembros entumecidos por la humedad de seis meses de lluvias. Apenas nos alcanzaba el tiempo para gozar; un día era un baile, otro una jira ó una expedición por el golfo de Nicoya de sin rival belleza, con sus verdes islas y su mar de zafiro, todo poblado de alegres y juguetones delfines.

—General, está V. poetizando—interrumpió doña Soledad.

—Siempre que hablo del golfo de Nicoya

me sucede lo mismo—replicó el militar.—Aquello es una maravilla. Pero vuelvo á mi aventura, ó mejor dicho á la de mi amigo Carlos. Sucedió que entre las muchas hermosas bañistas que concurrieron aquel año á Puntarenas, había una que era un portento. ¡Qué mujer, doña Soledad, ¡qué mujer! Un talle así (y el general formó un círculo con los dedos índice y pulgar de sus manos); unos dientes más lindos que las perlas del golfo; y unos ojos . . . . . no hallo cómo pintarlos; en fin, grandísimos, negros como dos cajas de betún.

—Vaya una comparación—exclamó doña Soledad.

—Qué quiere V., así me lo parecieron, y á mi amigo Carlos también, que todo fué verlos y enamorarse locamente de . . . . ya no recuerdo como se llamaba su dueña. La pasión de Carlos era criminal, como se dice en los dramas, porque la bella era casada; sí, señores, casada con un caballero gordo, rico, de muy buen apetito, en fin toda una persona decente, pero á mi juicio indigna de poseer semejante alhaja.

A pesar de esto era ella tan recatada, su porte revelaba tanta modestia y virtud, que bastaba á descorazonar al mismo Lovelace. Carlos, no pudiendo hacer cosa mejor, se limitó á adorarla en secreto, sin dejar por esto de enderezarle sus baterías. Bien pronto, merced á sus delicadas atenciones, logró captarse la buena voluntad del marido y un poco también la de ella. El pobre muchacho se desvivía zanqueando la ciudad á caza de frutas, flores y conchas para obsequiar á su amada; y era completamente feliz cuando ella le decía, ahuecando en una sonrisa los divinos camanances (1) que tenía en la boca: —Mil gracias por los marañones que nos mandó V. ayer. Estaban ricos.— O si no: —Qué amable es V. No se puede imaginar cuanto le agradeció mi marido los cocos. Cuatro se ha comido hoy; temo que se enferme.

---

(1) *Camanances* llamamos en Costa Rica á los hoyuelos que tienen á los lados de la boca algunas personas, y se hacen visibles al reír. La palabra es bonita, y como no existe en castellano otra que exprese lo mismo, me he permitido usarla.

2

Cualquiera frase de estas ponía á Carlos de buen humor por veinticuatro horas lo menos. Sin embargo, durante sus largas noches de vigilia se reprochaba amargamente su tontería, su ridícula timidez, apenas propia de un adolescente. Entonces hacía grandes y arriesgados proyectos. Sí, él le hablaría resueltamente, declarándole su loca pasión; y con tales colores se la iba á pintar, que á menos de ser ella insensible como una piedra, habría de ablandarse. Pero todo era encontrarse á su lado que sus planes se desvanecían como el humo azul de un cigarro. Su resolución se estrellaba contra aquella carita de madona que respiraba honradez y virtud; le temblaban las piernas, se le entumía la lengua . . . . . . vamos, que el muchacho tenía menos ánimo que una colegiala.

Así las cosas, llegó el día señalado para una excursión por el Estero. A las cuatro de la tarde, calmados en parte los rayos del sol, nos embarcamos en cinco lanchas de buen tamaño. Atravesamos rápidamente la parte ancha del Estero; pero al llegar á los canales con-

tinuamos bogando con mucha lentitud. Yo no he estado nunca en Venecia, pero dudo mucho que sus canales famosos superen á los del Estero de Puntarenas; porque si bien es cierto que éstos carecen de palacios, reemplázanlos con ventaja los más ricos dones de la naturaleza. Juncos, palmeras y helechos crecen allí con extraordinario vigor; en los árboles, frondosos y corpulentos, se anidan orquídeas multicoloras, y los arbustos se pliegan en busca de frescura, metiendo las ramas dentro del agua. Cada vez que dábamos vuelta á un recodo, hacíamos huir una bandada de garzas; blancas como algodón las unas, grises ó color de rosa las otras, que luego se iban más allá á continuar la pesca interrumpida. El sol se había hecho inofensivo por la espesura de los follajes. De repente vibró en el aire una nota clara, penetrante, pero al propio tiempo llena de dulzura y voluptuosidad; era la voz sonora de la marimba, compañera indispensable en las fiestas puntareneñas. Un grito espontáneo de alegría saludó al popular y bullicioso instrumen-

to; habíamos llegado el término de nuestro viaje: un precioso rinconcito cubierto de césped y entoldado por una enramada de palmas y hojas de bananero. Saltamos á tierra y luego comenzaron á estallar los corchos del champaña.

Pasamos una tarde deliciosa, pareciéndonos más á una tropa de niños, que á gente seria. Carlos se aprovechó de lo muy ocupado que estaba cada cual en divertirse, para cortejar á su adorada, confiando en que no sería notada su asiduidad. Ella parecía mucho más comunicativa que de costumbre, haciendo mil mohines cada vez que mi amigo se empeñaba en hacerla beber otra copa de champaña, ese vino pérfido, enemigo encarnizado de la virtud, y cuyos efectos son diabólicos en las mujeres. Llegó la hora del regreso con verdadera pena para todos. Nadie quería poner punto final á tan linda fiesta; pero al fin fué preciso resignarse, porque la oscuridad se nos venía encima, con esa rapidez con que se oculta y aparece el sol en los trópicos. Carlos tomó asiento al lado de ella en la última lancha, mientras

el marido, muy chispo, se empeñaba en quitar el remo á uno de los bogas. Alborotó un rato por la negativa del hombre, quedándose después profundamente dormido.

A la bulla y algazara de la fiesta sucedió el silencio. Todos callaban, adormecidos por el suave balanceo de las embarcaciones y el rítmico golpear de los remos, que hacían brotar placas azulosas cada vez que herían el agua. De las orillas llegaban á bocanadas efluvios preñados de aromas tropicales, entre los que dominaba el voluptuoso perfume de las resedas. Apenas podían distinguirse ya en la penumbra las manchas negras de las embarcaciones que iban delante; los sonidos de la marimba se oían cada vez más distantes. Carlos contemplaba á su hermosa compañera que perecía absorta y cerraba de vez en cuando los ojos como persiguiendo una visión. Pasado un gran rato, ella se puso á mirar las luces que ponían los remos en el agua, y curiosa de probar el efecto por sí misma, intentó golpearla con la mano. Carlos se la arrebató, diciéndole en voz baja y apasio-

nada: «Es mucha imprudencia; estas aguas están llenas de tiburones.» Ella no contestó nada, ni tampoco retiró la mano que Carlos conservaba entre las suyas. Entonces de sopetón, sin preámbulo alguno, Carlos se lo dijo todo: su amor insensato, sus penas, sus esperanzas. Ella temblaba, mirándole con sus ojazos negros que resplandecían en la noche con un destello aterciopelado y lleno de caricias. Un sacudimiento de la lancha les anunció que habían llegado. Carlos, ebrio de pasión, murmuró una súplica á su oído; ella procuraba resistir, negar lo que su amante le pedía, no sé qué de ventana abierta á media noche; pero en el momento de saltar á tierra, contestó que sí con voz desfallecida, casi angustiada.

Pero veo—continuó el general—que esta historia se ha hecho demasiado larga y voy á procurar abreviarla. El resultado fué que mi amigo Carlos obtuvo una cita para aquella noche. Ya supondréis si estuvo puntual á la hora convenida; pero el pobre se encontró con la ventana cerrada. Tocó discretamente para

anunciar su presencia, y por toda respuesta obtuvo los vigorosos ronquidos del dichosísimo marido. «Vamos, pensó el burlado seductor, el cuarto de hora ha pasado ya.» Á la mañana siguiente la bella había desaparecido. Ahora bien, mi querida doña Soledad, ¿no cree V. que si el dichoso momento dura un poco más, ó en vez de ocurrir en una embarcación . . . .

—Esa historia que acaba de contar el general—interrumpió con sorpresa de todos la señora que había intentado marcharse al principio de ella y á la cual llamaban María—me fué referida en aquella misma época por la persona á quien ocurrió y que ya no existe. De manera que la conozco tan bien como el general y tal vez mejor. Voy, pues, á rectificar su desenlace, que ha sido un tanto alterado por el narrador, el cual en todo lo demás se ha ceñido á la más estricta verdad. Esa pobre amiga mía que estuvo en un tris de dar un mal paso, llevó su locura al extremo de dejar su ventana abierta como lo había prometido; pero el seductor, á no dudarlo, compadecido de su debi-

lidad é inexperiencia, pues apenas tenía veinte años, no acudió á la cita. Después de este lance desgraciado, arrepentida y abochornada de su conducta, mi amiga fué siempre modelo de honradez.

—No estoy convencida, no estoy convencida—repetía doña Soledad.

—Si fuéramos á cenar; son las dos de la madrugada—dijo alguien.

—Buena idea—respondió el general poniéndose de pie.

Todos hicieron lo mismo, encaminándose al salón donde estaba dispuesta la cena. El general cerró la marcha, dando el brazo á la señora que le había interrumpido. Cuando se convenció de que nadie les podría escuchar, le preguntó al oído:

—Dígame la verdad, María; ¿es cierto que dejara V. la ventana abierta?

—Sí, general; y toda la vida he de agradecerle su generoso proceder.

—Pues no me agradezca V. nada, porque las cosas pasaron como las he referido. Sin

duda equivoqué la ventana. ¿No era la segunda yendo hacia la mar?

—No, general, la tercera; esa otra era la del cuarto de mi marido.

—Lo siento, María, lo siento muy de veras —murmuró el general, retorciéndose el bigote cano con un gesto de conquistador.



EL MANANTIAL



El Manantial

POR el angosto sendero, todo lleno de sombra y de arrullos de pájaros, bajaban ambos lentamente, muy cerca el uno del otro. Ella, pequeña y delicada; él, alto y vigoroso como el árbol joven. En los malos pasos él le alargaba la mano para ayudarla, mano de aristócrata, larga y nerviosa, en que ella ponía la suya chiquitina, casi infantil, apoyándose con adorable languidez, feliz de sentirse protegida, al amparo del varón en aquella soledad.

El caminillo estrecho y tortuoso, corría sobre un terreno áspero, erizado de guijarros agu-

dos que dificultaban la marcha, á pesar de la espesa alfombra de hojas secas tendida por el suelo. La pendiente, hasta entonces suave, hacíase de pronto precipitada, y era más tupido el follaje, más obscura la bóveda de hojas que ponía una pantalla verde y fresca á la ar diente llamarada del sol. Ellos seguían bajando con mil precauciones para no resbalar; sus manos no se soltaban ya; guardaban silencio, penetrados de esa voluptuosidad de la sombra que recuerda la de una alcoba tibia; llenos de un vago deseo de unir sus labios en interminable beso, allá sobre el césped, debajo de las lilas en flor. Un vaho fresco y húmedo anunciaba la cercanía del agua. De pronto se pararon.

—¡Oh, mira qué hermoso!—exclamó ella, señalando hacia la izquierda.

Habían llegado á una pequeña planicie, desde la cual cambiaba el espectáculo por completo, como sucede en los teatros al hacer una mutación. Por un ancho boquete que rompía bruscamente la espesura, asomaba un

delicioso paisaje. A corta distancia un pequeño río, casi un riachuelo, de aguas claras y mansas, que se deslizaban por entre ranúnculos y miosotis, debajo de un toldo de copudos árboles, cuyas ramas cuajadas de parásitas se miraban en la onda. En los remansos habían buscado refugio los nenúfares, muy ufanos de la blanca hermosura de sus flores. Ni un grito, ni un aleteo, ni tan siquiera el revolotear de una libélula, turbaban la quietud que allí reinaba; y este silencio añadía particular encanto á la belleza del paisaje, vagamente impregnado de cierto aire de misterio.

Los dos jóvenes miraron un buen rato sin cambiar una palabra. Luego habló él.

—Este es el sitio adonde ofrecí traerte, hermosa prima. Dime si fué exagerado al ponderarte su belleza.

—No, por cierto—replico ella.—Confieso que esperaba menos. Pero ¿y el manantial encantado dónde está?

—Míralo allí á tus pies—y al decir esto

señaló un poco más abajo del lugar en que estaban parados una pequeña fuente.

—Qué agua tan cristalina; quiero probarla—dijo ella alegremente, abalanzándose á tomar un poco con la mano.

—No hagas tal cosa—replicó él con una seriedad que tenía algo de cómico. Escúchame antes y luego beberás si así te place.

Sentáronse junto al manantial, él sobre una piedra, ella en una mancha de césped, con la cabeza apoyada en una rama baja y los ojos puestos amorosamente en los de su primo, en ademán de escuchar.

—Se trata—comenzó él á decir—de una leyenda antiquísima que se ha perpetuado entre nuestros campesinos, dando nacimiento á una superstición que goza de mucho crédito entre todos los que nos hemos criado en este país. Para encontrar el origen de esta linda fábula, que es al propio tiempo una tierna historia de amor, es preciso remontarse á los tiempos mitológicos, cuando estos bosques solitarios eran habitados por ninfas, sátiros y faunos. Hubo

entonces una pareja de enamorados pastores, que eran la envidia de cuantos les conocieron por su gentileza y lo mucho que se querían. Ella se llamaba Egle; en cuanto al nombre del amante no lo guarda la tradición. Desde niños se habían jurado amor eterno, corriendo por los riscos y zarzales de la selva, cuyo silencio turbaban con las sonoridades de sus cristalinas risas infantiles. Ya adolescentes eran el mayor encanto de estos sitios. Egle cantaba mientras pacían los ganados, y su bien amado le respondía soplando las más tiernas melodías en su flauta de caña. Y era tanta la amorosa dulzura de sus tocatas y cantares, que para escucharlos las dríades interrumpían sus danzas en los encinares, y los sátiros daban tregua á sus persecuciones contra las ninfas.

Ningún rincón del bosque, por apartado que estuviese, les era desconocido, pero ellos no cesaban de buscar nuevos sitios donde esconder su dicha, por lo mucho que temían perderla. En una de tantas correrías llegaron á

este lugar, y embelesados por la belleza agreste y singular quietud de que aquí se goza, nunca más quisieron volver hacia otro lado.

Era en aquel entonces esa parte del río que tenemos delante el baño predilecto de las ninfas. Allí se entregaban á sus juegos favoritos, chapoteando y riéndose de los sátiros, cuyas orejas velludas se veían asomar por entre las breñas donde se ocultaban, muertos de dentera. Pero celosas como eran de conservar el misterio de sus entretenimientos, se encolerizaron mucho al saber la llegada de los dos pastores á las orillas de su amado río. Juntáronse para concertar el castigo que darían á tan tremenda osadía, mas todo su encono se trocó en júbilo y benevolencia al oir los cantos de Egle y las tocatas de su compañero. Todas declararon en coro que pareja más graciosa no la había debajo del sol.

Sucedió que una ondina de ojos verdes como las algas y blanca como un lirio, no pudo escuchar las dulces melodías que el feliz amante de Egle sacaba de su siringa, sin prendarse lo-

camente de él. Oculta entre los nenúfares, torturada por los celos y la envidia, vivía la enamorada ondina acechando al zagal. En un día de extremada calor, después de haber cantado y dicho mil ternezas á su pastorcillo, Egle se adormeció en este mismo sitio en que nos hallamos, y cuenta la tradición que estaba muy seductora, con sus cabellos de un rubio ceniciento desparramados sobre la hierba. Vínole entonces al mancebo el loco deseo de bañarse en el sitio favorito de las ninfas, y sin acordarse del peligro que corría por su atrevimiento echóse á nadar. La ondina que sólo esperaba esta ocasión, saltó alborozada de entre los nenúfares, y enlazando al incauto con frenético abrazo, le arrastró hacia las profundidades del río, donde está el palacio estalactito que sirve de morada á las ninfas.

El despertar de la pobrecita Egle fué terrible. No volvió á comer ni á dormir, llenando el bosque con sus gritos y desesperadas quejas. Los que la vieron feliz podían apenas reconocerla, tanto era el destrozo que en ella ha-

bía hecho el dolor. Las ropas en jirones, sueltos los cabellos y llagados los pies, iba dando voces que lastimaban á cuantos las oían, hasta que sin aliento ni fuerzas, volvióse aquí á esperar la muerte donde tan dichosa había sido. Próxima ya á morir oyó un rumor lejano que la hizo estremecer; era un sonido ronco al que se mezclaban risas y alegre algazara. Movida de un doloroso presentimiento pudo incorporarse y mirar hacia el río. El ruido se acercaba y pronto apareció la bulliciosa banda; precedíanle varios tritones que soplaban en sus caracoles; tras ellos nadaban multitud de ninfas alrededor de una concha nacarada en que venían la ondina y el zagal.

Egle, al ver á su amado en brazos de otra, lanzó un grito salvaje, que repitieron con voz lúgubre todos los ecos del bosque. El la miró con desdeñosa lástima, y volviéndose á la ondina la besó en los labios. De la boca de Egle no salió una queja más. Inmóvil como una estatua y fija la vista en aquel recodo del río por donde desapareció la comitiva, lloraba en

silencio lágrimas de fuego que la bañaban toda; y tantas fueron las que derramó sobre este suelo en que estamos, que de ellas nació esa fuente.

Esta es, querida prima, la leyenda que en el país se cuenta de este manantial. Fáltame ahora decirte la superstición que acerca de él tienen las gentes de estos alrededores. Creen que todos los enamorados que de sus aguas beben, son en un principio muy dichosos y logran la posesión de la persona amada; pero que luego se trueca su ventura en desgracia, y pagan cruelmente los años de felicidad. Conque dime ahora si te atreves á beber de esa agua pérfida.

Entonces ella se levantó con mucha lentitud; miró á su primo largamente con sus pupilas llenas de amor, azules y puras como un cielo tropical, y muy tranquila se fué acercando á la fuente. Sacó un poco de agua y bebió un sorbo con delicia. De nuevo hundió en ella la mano, y con un gesto lleno de gracia la tendió á su primo para convidarlo á beber. El la to-

mó entre las suyas, y apoyando sus labios en la palma, pequeñita y sonrosada como un pétalo de rosa, depositó en ella un beso ardiente.... pero no bebió.



LOLITA



Lolita

I

AL salir un año antes de la hermosa sala del Teatro Real, aburrido de ver desfilar capuchones y corbatas blancas durante toda una noche, había jurado, allá para mis adentros, que no volvería á poner los pies en un baile de máscaras. Con todo, me apresuré á aceptar el asiento que en su palco me brindaba un amigo doce meses después y en ocasión semejante. Para el que una vez ha estado en un baile de máscaras, no tiene este espectáculo famoso

otro atractivo que el de la aglomeración y bullicio de las gentes; lo demás es completamente insulso. Muy lejos están ya los tiempos en que á favor de una careta se corrían aventuras y forjaban intrigas de que solían resultar la caída de una duquesa en brazos de un estudiante, la revelación de un secreto de estado y á veces también una puñalada. El carnaval está muerto en todas partes y lo que de él nos queda no es más que un remedo, como si dijéramos su propia máscara. Sin embargo, los bailes en que se lleva la cara oculta por una tira de raso son todavía uno de los ensueños favoritos de la juventud; en París, el primer capricho que satisface una recién desposada, es el de ir con su marido al baile de la Ópera, el más fastidioso y tonto de cuantos se pueden ver.

Madrid es una de las ciudades donde con más fervor se conservan los restos del carnaval, y sobre todo los bailes públicos de máscaras. Varios son los teatros que ofrecen anualmente esta diversión, entre otros el Real, cuyo primer baile es un acontecimiento de grande impor-

tancia, á que ninguno que pretenda seguir el movimiento que llaman mundano, deja de asistir, así lluevan rayos y centellas, ó nieve con el vientecillo de Guadarrama, que es peor. A la media noche comienza el baile, que lo es en el nombre solamente, pues no se baila por lo general. Todo se reduce á rebullirse con mucho trabajo en medio de los fraques y dominós que inundan la platea unida con el escenario, en cuyo extremo se halla encajonada la orquesta, sin que sus valses soñadores y polkas vivarachas, logren sacar á los asistentes de la fría y amanerada circunspección que les imponen el buen tono y la presencia de las damas aristocráticas encastilladas en sus palcos.

Después de recoger una buena cosecha de pisotones y codazos, fuí á refugiarme en el palco de mi amigo. Allí me encontré con una brillante reunión en que no escaseaban los buenos palmitos ni las botellas de champaña. Reinaba la más franca alegría á favor de los discretos cortinajes que velaban el antepalco, poniéndole así á cubierto de la curiosidad de los

chismosos de ambos sexos, que suelen ser muchos en esta clase de diversiones. El palco estaba muy favorecido; á cada instante sonaba un golpecito en la portezuela, descorríase el cerrojo, y adelante, nuevas máscaras.

—¿ Me conoces ?

—Sí; tú eres Pepa.

—¡ Uy ! y qué poco olfato tienes; soy Concha, hombre, Conchita. Mira que llamarme yo Pepa !

—Perdone V., princesa, y vaya una copa para esa boquita.

—Venga . . . . . ¡ á tu salud, buen mozo !

—Gitana, retrechera.

Y seguían los dicharachos y las risas, en medio del trincar de las copas y el estallido de los corchos y los besos. Se marchaban aquéllas y luego venían otras que todos conocíamos, las de siempre, las de todos los días, apenas desfiguradas por el dominó y la careta de raso. La escena que en un principio divertía acababa por convertirse en empalagosa, á fuerza de ser siempre la misma. Concluí por dejar

el antepalco, yendo á parar á una butaca desde la cual podía observar la sala á mi sabor. Eran próximamente las tres de la madrugada, hora en que tienen por costumbre retirarse las damas encopetadas que anual y religiosamente cumplen con el deber de aburrirse durante tres horas en el baile del Real. El ruido de las francachelas de que eran teatro varios antepalcos se iba haciendo más distinto, y algunas parejas comenzaban á dar señales de impaciencia, cada vez que de los pitos trasnochados de la orquesta salía una polka retozona de Farbach. Una que otra máscara andaba por ahí enredando con voz de falsete en medio de los grupos que formaban los hombres, muy tiesos y espetados en sus fraques negros; y con agradable disonancia se percibían de vez en cuando los brillantes colores de un dominó caprichoso, ó la nota clara y chillona de un pañolón de Manila. Hubo un momento en que todos bajaron precipitadamente al salón; una pareja se había atrevido á bailar, luego otra, y otra, y por fin todas, con entusiasmo, con rabia, como

para tomar desquite de las horas en que había sido preciso guardar compostura y seriedad. Los violines se contagiaron, lanzando alborozados sus notas agudas; y un aire tibio y voluptuoso, impregnado de esencias femeninas, el aire de los bailes, se desprendía á bocanadas de aquella multitud de locos.

Habíame quedado solo en el palco y ya estaba pensando en aprovechar esta ocasión para escaparme, cuando el chas chas de un abanico me hizo volver la cabeza. Cerca de mí estaba una mujer, una mujer joven y bonita; esto lo adiviné á pesar de la careta que conservaba puesta. La posición que había tomado en la butaca parecía indicar cansancio: la cabeza echada hacia atrás se apoyaba en la pared, y los delicados contornos de su cuerpo, estirado á la larga, se marcaban en el dominó de raso negro que la cubría, por cuya extremidad asomaban dos piesecitos pequeños y estrechos. La careta dejaba entrever un pedacito de garganta, blanco como la nieve. Sin podérmelo explicar, aquella mujer me interesó

desde el momento en que la vi. Traté de reconocerla, pero en vano. ¿Quién podría ser? ¡Bah! Ninguna duquesa á buen seguro; una de tantas probablemente. Pero en este caso yo debía de conocerla, y á no dudarlo era la primera vez que me encontraba con ella. Mi curiosidad iba en aumento á medida que las suposiciones se multiplicaban en mi imaginación. ¿Habría dado yo acaso con la aventurilla que todos soñamos cada vez que volvemos á un baile de máscaras bien provistos de renovadas ilusiones? ¿Sería aquella la mujer casada en busca de consuelo, ó la colegiala traviesa que salta por los balcones? Nada, nada, fuera tonterías y á preguntárselo á ella misma. El hecho de hallarse tranquilamente instalada en el palco, probaba desde luego que no podía ser desconocida para mis amigos, ó cuando menos para nuestras compañeras de placer. Ella no parecía cuidarse de la atención con que yo la miraba y seguía abanicándose con ese movimiento cadencioso, lleno de gracia y elegancia, cuyo secreto pertenece á la mujer española.

—Mascarita—dije aproximándome á la desconocida,—me parece que te han dejado sola.

Después de mirarme al través de la careta me contestó con marcado acento andaluz:

—Eso mismo me parece á mí. ¿Y tú? ¿No bailas?

—Muy poca gana tengo de hacerlo. Prefiero irme á la cama.

Vamos, que en todo estamos conformes. Si no fuera por esa loca de Asunción ya estaría durmiendo. Pero nada, está propuesta á no marcharse de aquí en toda la noche y yo . . . . ¡qué aburrimiento!—y se tapó la careta con el abanico como para ocultar un bostezo.

—Pues bien, mascarita; ya que los dos nos fastidiamos, ya que ambos estamos solos, consolémonos mutuamente y para comenzar enséñame esa carita de cielo.

—¡Jesús, y qué pronto arreglas tú las cosas! ¡Caramba con el hombre!

—Estoy seguro de que al verte se me va á quitar el sueño y el fastidio y . . . . .



—Y la gana de volverme á ver—interrumpió ella con una risa fresca.

—No me hagas penar más tiempo, mascarita. ¿Cómo te llamas?

—Lola.

—Me gusta el nombre. Lola, Lolita hechicera, déjame que te vea; quítate esa careta, ingrata.

—Cuando me veas la cara ya no me vas á querer; no sabes bien todo lo fea que soy.

—¡Fea tú! Embustera, mala sombra.

Y al decir esto me iba acercando más y más, lleno de emoción y curiosidad.

—¡Jesús.....qué hombre!—exclamó ella con zumba, al propio tiempo que se arrancaba la careta con un movimiento rápido, volviéndosela á poner en seguida.

¡Qué bonita era! Una carita encantadora; ojos grandes y obscuros, boca encarnada y dientes muy blancos; estos fueron los únicos detalles que pude atrapar; y si á esto se añade lo que á la vista tenía, es decir, su fino y bien

calzado pie y sus manecitas delicadas, se verá que el conjunto era delicioso. Para mí la mujer comienza en la mano y en el pie; el resto viene después.

—Lola, Lola,—llamó una voz desde el pasillo. Descorrí el cerrojo y entró Asunción muy sofocada. Detrás de ella venían mis compañeros de palco en muy buena compañía.

—Chiquilla, vente, vamos á cenar á Fornos. Date prisa, que es muy tarde. Este caballero tendrá mucho gusto en ofrecerte el brazo—añadió dirigiéndose á mí.

—Asunción me ha adivinado el pensamiento—díjele;—tendré mucho, muchísimo gusto en que seas mi pareja, mascarilla.

—Zalamero—me contestó ella agarrándose del brazo que la ofrecía.

Julián nos había reservado uno de los mejores gabinetes de Fornos, como á buenos clientes que éramos suyos. En tanto que se hacía la lista y nos instalábamos, interrogué á Asunción con disimulo acerca de Lolita. «Es una chica monísima, que viene llegando de Gra-

nada,» fué lo único que supo contestarme. Al tomar asiento en torno de la mesa, sobre la cual nos esperaban las ricas ostras del Cantábrico y la ensalada rusa, cayeron las últimas caretas, obteniendo mi vecina un triunfo. En menos de un minuto le llovió todo el repertorio de piropos andaluces, tan en boga hoy en día. Pasado el primer chaparrón de oles, vivas y bendiciones, comenzó la granizada de preguntas y pullas. «¿Dónde había descubierto aquella alhaja? ¿Estaría yo pensando acaso que tan rico bocado había de ser para mí solito?» Y por el estilo.

—Señores—grité dominando el bullicio,—conozco á mi encantadora vecina tanto como vosotros; mejor dicho, no la conozco. Solamente sé que se llama Lolita y que viene de Granada.

—¡Olé por Granada!—contestaron todos en coro.

—Ea, señores, á cenar—añadí al ver que las mujeres allí presentes comenzaban á impa-

cientarse por tanta admiración tributada á una sola.

El dorado y frío champaña llenó las copas y el choque alegre de los tenedores vino á recordarnos que llevábamos algunas horas de ayuno. Un ruido de palmas y guitarreo proveniente del gabinete vecino, aumentaba la algazara que no era poca. Se charlaba por los codos; y mi vecinita, armada de su picante cháchara andaluza, llena de imágenes, hacía frente con mucha gracia á las embestidas de que era objeto á cada instante. Sin embargo, cierta timidez mal encubierta por un desparpajo más fingido que verdadero, indicaba á las claras que no era todavía muy ducha en el movido y extraño género de vida que había adoptado. La cena se prolongó hasta el día, cuyos pálidos reflejos invernales penetraron por entre las cortinas, apagando el amarillo resplandor de las velas. Había llegado la hora de recogerse.

A la puerta de Fornos no faltan nunca coches y cocheros trasnochados para uso de los noctámbulos; acercóseme uno de ellos y me

ofreció su berlina. El frío que toda la noche había sido intenso apretaba de firme, y un vientecillo como puntas de alfileres penetraba sin compasión por entre capas y gabanes. Lolita se puso de un salto dentro del coche.

—¿A dónde vamos?—preguntéle—¿A tu casa?

—No, allí no—respondióme con un sobresalto que no pudo disimular y me llamó la atención.

—A casa—dije al cochero que conocía las señas de la mía por haberme servido otras veces, al par que me acomodaba junto á la hermosa granadina.

Ella tiritaba debajo del ligero dominó, incapaz de preservarla del frío. El coche salió rodando, arrastrado por el infeliz jamelgo que había pasado la noche entera fuera de la cuadra. Por la entonces desierta calle de Alcalá comenzaban á retirarse los serenos, presurosos y bien arropados en sus gruesos y lanudos chalecos, con la faja de cuero atestada de llaves y cubierta la cabeza por la gorra de piel; las cua-

drillas de barrenderos desfilaban tristemente con la escoba al hombro, haciendo resonar sobre el pavimento sus zapatones claveteados, y las burras de la leche sacudían en monótono campanilleo las esquilas colgadas á sus cuellos.

Llegamos. Sobre el mármol de la chimenea de mi salita de soltero, ardía una lámpara que noche á noche me dejaba allí el viejo Paco, mi buen criado. Avivé la luz después de echar sobre una silla el gabán de pieles que me cubría. Un resto de aire tibio templaba la habitación. Ella se había quedado parada en medio de la sala.

—Ven—la dije, tomándole una mano y llevándola hacia el espejo que descansaba sobre la chimenea;—voy á mostrarte la mujer más linda que han visto mis ojos.

Sin responderme nada miró sonreída y satisfecha su primorosa figura, reflejada en el cristal. ¡Bien sabía la muy tuna que era muy cierto lo que yo decía! Luego, con mucho despacio fué sacando los botones del dominó, mientras que en pie detrás de ella esperaba yo

el momento de quitárselo. De pronto apareció el cuello, delicado, blanco, un cuello hecho á torno, sobre el cual aleteaban algunos rizos de sus cabellos castaños. ¡Qué delicia! Apoyé mis labios secos de deseo en aquella nuca tersa, aspirando embriagado de placer la fragancia de la carne tibia y olorosa.

II

Hasta aquí la historieta vulgar, lo de todos los días, una de tantas escenas de la vida holgazana y sensual de Madrid, la pasioncilla de veinticuatro horas, olvidada en seguida por otra igual. Lo inaudito, lo increíble era lo que me estaba pasando con aquella muchacha de veinte años, bella como Venus, y con todos los ardores del sol de Andalucía corriéndole por el cuerpo. Yo estaba enamorado, sí señor, yo, el escéptico, enamorado hasta las telillas. ¿Y ella? . . . . . Nada, que al día siguiente cuando la vi pronta á marcharse, envuelta en su

mantilla negra, se me partió el corazón. La cogí entre mis brazos y cubriéndola de besos la dije: —No, mi alma, tú no te irás de aquí; quédate hasta mañana siquiera.— Y al día siguiente la misma escena, y pasaban días y Lolita allí conmigo, siempre juntitos, porque yo no salía á no ser con ella, de noche, para irnos á ocultar en el fondo de un palco de Apolo ó de la Zarzuela. A nadie recibía y hasta mis amigos más íntimos se topaban en la puerta con la consigna de que el señorito no estaba en casa. El viejo Paco refunfuñaba y ponía mal gesto; su obstinado silencio era como una protesta muda contra la intrusa que osaba ingerirse en sus atribuciones, porque Lolita se había propuesto volver la casa del revés, y yo me derretía de gusto cuando ella andaba por ahí trasteando y metiendo bulla, mientras que bien arrellanado en mi butaca favorita, iba echando cigarrillos uno tras otro.

Dos semanas hacía que llevábamos este género de vida, dos semanas que á mí se me

figuraban dos días. Lolita á quien yo solía llamar Dolores, prefiriendo este nombre sonoro y castizo á su diminutivo, sólo había salido dos veces durante este tiempo á sus quehaceres. En ambas ocasiones volvió pensativa y acongojada. Yo la interrogué, pero nada respondió á mis preguntas; tampoco quiso darme las señas de su casa, pretextando que era muy fea y que en ella no podía entrar un señorito de tantas ínfulas. En cuanto á su vida se mostró desde un principio muy comunicativa; era la misma historia de otras muchas. No sabía quien era su padre; desde muy niña, siempre la miseria, el hambre. Una noche, su madre la hizo lavarse, la vistió lo mejor que pudo y le mandó seguirla. Luego una callejuela, un portal obscuro cerrado por una mampara, y por último una infamia. Después la vida azarosa del vicio, hasta que un día huyó de Granada y se vino á Madrid con *uno*.

Aquella pobre niña lanzada al fango desde muy temprano, poseía, sin embargo, una delicadeza de sentimientos y aun de forma, muy aje-

na á la esfera baja y viciosa en que se había criado. Tal vez era preciso buscar la razón de esta anomalía en la influencia de un padre desconocido, en una de esas manifestaciones del atavismo que son un misterio. El hecho existía y esto me bastaba. Algunos buenos ejemplos y el roce constante con gentes cultas, acabarían de pulir su naturaleza sensible y tan bien dotada de la facultad de asimilarse lo bueno. Yo me desvivía por afinar más y más la joya con que la fortuna me había hecho tropezar; y cuando notaba un progreso, cada vez que aparecía una faceta nueva, un orgullo semejante al del artista triunfante se apoderaba de mí. Quise verla adornada con todos los recursos de la elegancia y el buen gusto, y era cosa de admirar cómo sus manecitas de duquesa se iban puliendo, y lo bien que estaba su cinturita de avispa en los trajes de la modista parisiense.

Tras de una serie de días desapacibles y fríos, vinieron otros más templados y llenos de sol, de ese sol de España tan claro y brillante, que aun en lo más crudo del invierno tiene

siempre una buena provisión de rayos bien calentitos. Nos íbamos entonces al Retiro, á la hora en que no hay nadie, por la mañana, á tomar un baño de sol y de luz por las desiertas calles, que sus hileras de árboles enclenques y desnudos sombreaban apenas. Si volvía la oscuridad y la nieve, nos quedábamos al lado de la chimenea bien provista de leños, charlando amorosamente, mientras caían en tropel los copitos blancos que iban luego á fundirse en el lodo de la calle.

Lo que á mi me estaba pasando no era un misterio para mis amigos; cómo habían podido averiguarlo, no lo sé; pero lo cierto es que se hallaban perfectamente al tanto de mi encierro y hasta tenían conocimiento de mis escapatorias estudiantiles, y ¡horror! de los paseítos sentimentales y matutinos! ¡Cómo se reirían de mí! Pero esto me tenía sin cuidado; yo me sentía revivir al contacto de aquella mujer tan seductora y llena de ardiente juventud. Las cosas que antes se me figuraban ridículas y necias, me parecían ahora naturales; y á impulsos

del amor que me ahogaba, renacían en mi corazón ternuras y delicadezas de adolescente. Ella se dejaba querer con mohines de reina. ¡Reina; vaya si lo era! reina de hermosura, digna de llevar una corona de perlas y rubíes en su frentecita real.

—Mira—solía decirme á menudo con su media lengua andaluza;—yo no he nacido para la vida que hasta ahora he llevado; esta otra me conviene mucho más. Aquí metida entre estas cuatro paredes, bien quietecita y con un maridito así como tú. ¿Por qué no me conociste antes, cuando vivía allá en Granada y era buena todavía?

Y yo me quedaba largo rato embebecido y pensando en que tenía razón. ¡Qué felices habríamos podido ser! Nos hubiera echado la bendición el señor cura, y nadie, nadie en el mundo habría tenido una mujercita tan linda como la mía. Una noche que fuimos á ver un estreno en Apolo, sucedió una cosa de que aun guardo muy claramente el recuerdo. Veníamos saliendo estrujados en medio de las dos

filas que forman los hombres á la puerta de los teatros para ver salir á las mujeres, cuando de improviso, ya cerca de la puerta, sentí temblar su brazo y me pareció que se estrechaba contra mí; al propio tiempo observé que un individuo, cuya traza tanto podía ser la de un torero como la de un cantaor de café, nos miraba fijamente, casi con insolencia. —¿Quién es ese hombre?—la pregunté en voz baja. —No le conozco—me contestó ella con un acento en que se traslucía la mentira. Durante el resto del trayecto no cambiamos una palabra más. Esta fué la primera sombra que vino á empañar la claridad de mi cielo.

Durante los días que siguieron á este acontecimiento, no pude dejar de pensar en el hombre que se había atravesado en nuestro camino á la salida de Apolo. Me parecía estarlo viendo, con su cara afeitada y cínica, y el sombrero de ala tendida ligeramente inclinado sobre la oreja. La mirada de aquel hombre tenía un no sé qué amenazador que me inquietaba. Hubiera dado mucho por aclarar el punto y saber

quien era, pero aunque tenía la seguridad absoluta de que Lolita le conocía, una especie de escrúpulo indefinido me cerraba la boca.

Llegó por fin un día en que no fué posible excusarme de salir; debía ir con precisión á una comida que daban unos parientes míos. Lolita trató de impedírmelo con una insistencia que acabó por meterme en curiosidad. Yo procuraba convencerla ofreciéndole volver temprano, pero no valían razones. «No vayas» y «no me dejes sola» era lo único que me sabía responder. Y en verdad que se necesitaba mucha energía para resistir á los mimos con que acompañaba sus ruegos. La comida se me hizo interminable y más aun el palique de digestión que se prolongó hasta las once de la noche, hora en que salí disparado para mi casa.

Tenía ansia de encontrarme á su lado, pareciéndome que no la había visto en un año. Trepé las escaleras saltando los peldaños. Una vuelta del llavín y ya sólo me separaba de ella el espesor de la puerta. Me detuve un momento para tomar resuello . . . . Allí estaría, bien

arrebujada en las sábanas, con sus magníficos cabellos castaños desparramados sobre las almohadas blancas y sus ojazos pardos entornados por el sueño . . . . . Es preciso no meter ruido para robarla un beso de su boquirrita fresca . . . . . Ya rueda silenciosa la puerta sobre sus goznes . . . . . ¡qué rico olor! iris de Florencia, el suyo . . . . . ras, una cerilla . . . . . ¡Maldición! ¡No está!

Me lancé por las habitaciones llamándola; una congoja horrible me oprimía el pecho y un nudo me apretaba la garganta. A mis voces acudió el viejo Paco soñoliento y malhumorado.

—¿Dónde está? dime dónde está?—le grité sacudiéndole por un brazo.

—Se ha marchado, señorito, se ha marchado con un hombre, con un tipo.

—¿Qué hombre es ese? Responde.

—No le conozco; parecía un torero. Ya sabía yo que esa pájara le daría un disgusto al señorito.

—Calla. ¿Cómo ha sido eso? Dilo pronto.

—Nada; que á poco de marcharse el señorito, vino aquí ese hombre . . . . .

—¿Y tú le dejaste entrar?

—No; yo traté de impedírselo, pero ella salió á las voces. Todo fué verla que se puso como loco, tratándola muy mal y alborotando la casa . . . . . Nada, que se la llevó sin darle tiempo tan siquiera para coger un mantón.

—¿Y ella?

—Ella parecía una muerta, pero no hizo por donde quedarse.

—¿Y dices que ese hombre parecía un torero?

—Torero ó cosa así; tenía muy mala facha.

—Ya no era posible dudar. Se había marchado con otro y ese otro era el hombre del teatro de Apolo; me lo decía el corazón. Entré lentamente en la alcoba, me eché sobre la cama, impregnada aún de la fragancia de su

cuerpo, y allí, abrazado de una almohada, lloré como un niño.

*
* *

Nada hice por donde buscarla ni quise saber más de ella. Tanta ingratitud me había descorazonado. Transcurrieron algunos meses sin que pudiera olvidarla. Un día recibí una carta; era suya. Deseaba verme, explicarme; había también una frase de amor que me enfureció. Hice mil pedazos el papel. Busqué de nuevo á mis amigos; comenzaron otra vez las orgías. Pasó un año y otro, y ya su recuerdo era apenas una sombra en mi corazón. Volvió febrero y con él el carnaval y los bailes de máscaras.

*
* *

Hoy es el primero del Real; mucho cuidado con faltar. No por cierto, no faltaré. Y á eso de la media noche, bien embozado en mi capa

para no pillar una pulmonía, me encamino hacia el regio coliseo, cortando por unas callejuelas.

—Caballero—dijo cerca de mí una voz dulce y triste que me hizo estremecer. Me volví sobrecogido. A dos pasos estaba una mujer vestida con el mantón y pañuelo de las chulas. Un rayo del vecino farol le caía sobre la cara. ¡Cielos! ¡Lolita! . . . . ¡Sí, es ella! La misma Lolita, siempre hermosa, pero ajada y envilecida. Eché á correr por la calle abajo, sin darme cuenta de lo que hacía. Al volver de una esquina me detuve y miré hacia atrás.

Allá á lo lejos se destacaba á la luz amarillenta y saltona de un reverbero, la silueta de la mujer que se había llevado el último pedazo sano de mi corazón.



EL DERVICHE



El Derviche

EN un valle tan ameno que sólo con el paraíso terrenal pudiera compararse, vivía un derviche viejo y feo. Sus correrías al través de las selvas habíanle llevado hasta aquel sitio maravilloso y lleno de luz. Las flores más perfumadas y lindas esmaltaban como rica pedrería los mil verdes del suelo; y todas ellas, en abigarrada confusión, erguían sus corolas multicoloras y aromosas.

Con los jacintos y amarantos rivalizaban las petunias y clemátidas; los tulipanes orgu-

llosos parecían desafiar á los claveles reventones, gala de las manolas; más modestas las margaritas fraternizaban con los crisantemos, y las violetas con los heliotropos y las mimosas. En variados grupos veíanse caléndulas y balsaminas, anémonas y azaleas. Los iris y amapolas, amarilis é ixias se mezclaban en inmensa orgía de colorido, y los geranios palidecían de envidia al ver sus corimbos eclipsados por la esplendidez de los racimos floridos de los rododendros; en cambio, el tomillo hermanaba su fresco aro ma con el de las verbenas y albahacas. Los pensamientos de ricos matices semejaban aterciopeladas alfombras, en medio de las cuales destacábase de trecho en trecho la cara frailuna de un girasol, balanceándose sobre su largo tallo junto á las dalias. Las azucenas daban la nota pura y delicada; y entrelazadas sus ramas, como en amoroso abrazo, florecían lilas, ojaranzos y arrayanes, entremezclados de hortensias y madreselvas. Hacia otro lado brillaban los corilopsos cerca de las camelias y gardenias, cuya blancura hacía contraste con el color en-

cendido de las adelfas. Las rosas, hijas de la eglantina, entreabrían sus corolas para recibir la cálida caricia del sol, húmedos aún sus pétalos por los besos del rocío. En fin, todas ellas, las preciosas flores, delicia de las mujeres y las mariposas, se habían dado cita en aquel valle sin igual; desde la rafflesia arnoldi, la flor gigante de Sumatra, hasta el miosotis pequeñito y azulado.

También los árboles más frondosos y los que prohijan las flores más bellas y los frutos más dulces, habían acudido á tomar parte en el torneo. Allí los álamos luchaban en gracia y esbeltez con las palmeras y araucarias; los sicomoros y encinas en tamaño con el baobab; y las acacias oponían la delicada fragancia de sus racimos á la regia hermosura de las magnolias. Con los limoneros y naranjos confundíanse higueras y cerezos, con los bananeros y tamarindos, perales y almendros.

Las orquídeas, soberbias hijas del trópico, campeaban sobre las ramas más elevadas, eclip-

9

sando á todas las flores con la sin rival belleza de las suyas; al par que, estrechamente enlazados á los troncos, subían por ellos evónimas, volubilis y capuchinas. Buscando sombra y humedad al abrigo de los follajes, desplegaban sus anchas hojas de verde y plata las begonias reales, al revés de las piñas suculentas, que en compañía de los cactos, agavos y áloes, se complacían en las ardientes fogatas del sol.

Un mundo de animales habitaba en medio de tantas maravillas. Arriba en la arboleda las aves del paraíso lucían su espléndido plumaje sin poder eclipsar el de los quetzales y cacatoyes. El canto dulcísimo de los cenzontles, jilgueros y calandrias, unido al armonioso gorjeo de toda la gentecilla alada, formaba un suave concierto de trinos, interrumpido á ratos por las notas guerreras del turpial. Abajo, sobre el césped de esmeralda, hacían la rueda los pavos reales, y los faisanes de oro y plata corrían de aquí para allí, cubiertos del rico y resplandeciente esmalte de sus plumas. Cruzaban por la pradera gacelas ligerísimas, y, ebrios

de libertad, iban saltando, enarcado el cuello y alta la cola, magníficos corceles al través de los campos de alfalfa.

Un lago azuloso refrescaba el ambiente apagando la sed de las raíces y los animales. En sus orillas vivían flexibles bambúes y helechos arborescentes, cerca de los cuales florecían narcisos y ranúnculos. Codeándose con los nenúfares veíanse flotar sobre las aguas las hojas redondas y relucientes de los nelumbos, en tanto que sus flores, los lotos místicos, abrían sus cálices á la extremidad de los tallos esbeltos y largos. Sobre la superficie unida y tranquila nadaban majestuosamente los cisnes, mientras que debajo de ella, rápidos y silenciosos, partían como flechas, los pececillos de brillantes escamas, que luego se paraban, abriendo y cerrando las agallas con un movimiento de fuelle. De vez en cuando una garza real se iba de una orilla á la otra con graciosos y lentos aletazos de abanico, poniendo en fuga á las libélulas, ó pasaba algún pájaro acuático rasando las aguas, como la china que lanza un niño sobre la onda

y va rebotando sin hundirse. Graves y pensativos contemplaban los ibis la escena, enclavados sobre una pata, con su impasibilidad de aves sagradas.

Todos los habitantes de aquel lugar encantado vivían en paz unos con otros. No había allí ningún malhechor ni sabandija alguna; las serpientes y las fieras estaban excluídas del número de los elegidos, y por consiguiente el hombre que participa de ambas alimañas. El genio tutelar del sitio, para la conservación de su obra, habíala puesto al amparo de formidable defensa: un abismo profundo y escarpado rodeaba el valle como los fosos de los castillos medioevales. Más allá el espectáculo cambiaba por completo. Era la selva virgen con sus árboles gigantescos, sus jarales enmarañados y sus robustas lianas. Rugían las fieras sanguinarias y silbaban las serpientes en el ansia de una víctima.

¿Cómo había penetrado hasta el valle el derviche sin perder cien veces la vida? Sin duda por la virtud de misteriosos encantamien-

tos y sortilegios. Es lo cierto que allí habitaba, lejos del mundanal bullicio, feliz y entregado á la contemplación. El hueco de un cedro le servía de albergue, algunas hojas secas de lecho. Si llegaba el hambre no faltaba un panal bien repleto de miel, abandonado por las abejas que se habían marchado á otra parte con sus bordoneos y su actividad febril; ó si no, allí estaban las parras, doblegadas al peso de sus racimos monstruosos, como los de la tierra de promisión. Y así iban corriendo los meses y los años, dulces y tranquilos, verdaderamente paradisiacos.

Un día, estando el derviche poseído de éxtasis, el sonido bélico de un cuerno de cazador que tocaban en la llanura le hizo estremecer dolorosamente. Sacudió el sopor del ensueño y se fué encaramando por el cedro con la agilidad de un felino para ver lo que pasaba. Un grito de angustia salió de su garganta. Allá, cerca del lago, divisó una lucida tropa de cazadores; ladraba furiosa la jauría en torno de una gacela próxima á expirar sobre el césped,

herida por una flecha de la aljaba del príncipe Alí, señor de aquella corte y el más poderoso de los magnates de Oriente. A lo lejos retumbaban aún los hachazos de los que construían el puente que en adelante iba á unir el paraíso con lo restante de la tierra. Dos lágrimas de fuego rodaron por las mejillas tostadas del derviche. Lloraba su felicidad perdida.

* * *

—Quiero—había dicho el príncipe Alí—levantar en este sitio el más soberbio de los alcázares que hayan visto los hijos del Islam.—Y á su voz acudieron los más afamados y diestros artífices desde Estambul hasta Granada. El sándalo, el marfil y los mármoles más preciados; las más ricas alcatifas y alahilcas de Persia; el oro, las perlas y zafiros, fueron llegando en portentosos cargamentos, al lado de los cuales eran acémilas miserables los del templo de Salomón. La Alhambra misma hubie-

ra parecido una pobre choza comparada con el alcázar de Alí, el más soberbio que han visto los hijos del Islam.

El infeliz derviche estaba reducido á vivir como las fieras. Durante el día no le era dado moverse de su tronco por temor de ser descubierto. Pero llegada la noche y apagados los fuegos del alcázar; á la hora en que mudos los panderos y las ajabebas que marcan las danzas voluptuosas de las odaliscas, brillaban las lucecillas de carbuncos y luciérnagas, salía de su escondite á respirar el perfume embriagador de las tuberosas y los nardos, escuchando embelesado el canto melodioso de los bengalíes y ruiseñores, al que se unía el grito metálico y discordante de los grillos y el chirrido de las chicharras. En estas horas de contemplativo noctambulismo solía olvidar en parte su desventura.

Sin embargo, el hado negro no estaba harto de perseguirle. El príncipe Alí se aburría mortalmente; nada lograba sacarle de la profunda tristeza que se había adueñado de su es-

píritu desde que el más loco de sus deseos se había trocado en realidad; era el más desdichado de los príncipes.

—¿Qué es la felicidad?—exclamaba con profundo abatimiento.—Decidme dónde se la halla, vosotros cortesanos, para comprarla al precio de todos mis tesoros y de mi alcázar.

—Señor—contestóle una vez el más prudente,—¿por qué no consultáis con los sabios? Ellos quizás os lo dirán, ya que ninguno de nosotros ha podido hacerlo.

—Que vengan aquí todos—gritó Alí iluminado.

Un momento después salían expediciones hacia los cuatro vientos en busca de sabios, derviches y fakires. Y el desgraciado que se ocultaba en el tronco de un cedro fué sorprendido y le llevaron junto con los demás al espléndido y aborrecido alcázar.

—¿Qué es la felicidad, vosotros que todo lo sabéis?—preguntó el príncipe. Y fueron diciendo mil cosas distintas aquellos viejos de barbas luengas y piel mugrienta. —La felici-

dad es la ciencia—decía uno; —el oro—replicaba otro; —la pobreza—aseguraba un tercero. —No hay más felicidad que el trabajo—gritó un velludo y desdentado santón que nunca había trabajado.

—¿Y tú, por qué no hablas?—interrogó Alí dirigiéndose al derviche.

—Señor—respondió éste con una inflexión de voz extraña y profunda,—permitid que escriba mi pensamiento en un pergamino, el cual no abriréis hasta que hayáis agotado todos los medios que os aconsejan para hallar la felicidad.

—Hazlo como deseas—dijo Alí.—Y ahora pida cada cual lo que quiera obtener de mi magnificencia.

Y á todos fué otorgando con creces lo que desearon. El derviche sólo pidió que le dejaran vivir tranquilo en su tronco.

***

—¡ Miserable embustero!—exclamaba el príncipe cada vez que lleno de hastío y desesperación reconocía la inutilidad de alguno de los consejos que le habían dado los sabios para hallar la ventura suspirada. Pero no desmayaba en su tenaz empeño; desechado un medio, recurría en el instante á otro. Y así sucesivamente fué alquimista, labrador, derviche, alfarero, nigromante, fakir y cien cosas más, sin que la dicha penetrara en su corazón. Una vez creyó haberla encontrado.

—Sí—decía con alborozo,—esta es la verdadera y única felicidad. El amor y sólo el amor es capaz de proporcionarnos el placer, el completo y deleitoso olvido de nuestras penas. Ven á mi lado, mujer, la más hermosa de cuantas alumbra el sol, mi favorita, ante cuya belleza inclinarían abochornadas la frente las más lindas huríes del Profeta.—Y lleno de loca alegría enlazaba el talle estrecho de Sara, la judía de Bagdad de resplandeciente hermosura, cuya boca comparaban los poetas á una granada entreabierta.

Volvió la dicha al alcázar y con ella la algazara de las panderetas. Sucedíanse las fiestas en honor de la favorita. Ya eran fantásticas zambras en que alternaban las guzlas herzegovinas con las guitarras que tañían graciosas esclavas venidas de Ishbiliah, una ciudad de que se contaban maravillas, ó bien cacerías por entre la gran selva, en busca de tigres y panteras, cuyas blandas pieles se convertían luego en alfombras para que las hollasen los piececitos de la predilecta, haciendo resonar las ajorcas. Otras veces, á la puesta del sol, se iban los amantes por el lago azuloso sobre una gran concha tirada por cuatro cisnes negros.

—Esto es el paraíso—murmuraba la hermosa judía, sobrecogida por la divina belleza del paisaje.

—No; es mejor aún—replicaba Alí besando en los labios á su bien amada;—mil veces mejor; porque en el paraíso no existía la feiicidad, á pesar de todo lo que allí puso Dios: faltaba el amor. En cambio, todo lo que aquí se agita, todo lo que respira en este sitio maravi-

lloso sólo vive para él. Escucha cómo se arrullan los pájaros en la arboleda; esos trinos son frases de amor. Mira el revoloteo de las mariposas y los colibríes, batallando por la posesión de una flor azucarada. Aquel cervatillo que rápido cruza la llanura va á una cita de amor; ese lirio que se inclina bajo la caricia del viento, tiembla de placer. Y tú, mi Sara, mi favorita, me enajenas con la mirada de tus ojos de esmeralda.

*
* *

—Traedme el pergamino que dejó el derviche que vive en el cedro—dijo una mañana, sombrío y taciturno, el príncipe Alí, el más poderoso de los magnates de Oriente.—Leedlo—añadió cuando se lo hubieron traído.

—¡La felicidad es la muerte!

Estas palabras resonaron lúgubres y aterradoras en medic del silencio.

—¡La muerte! ¡La muerte!—repetía el monarca con terrible expresión—¡Si estará cuerdo ese loco!......Preparad una gran cacería para la noche. Vendréis todos, cortesanos.

*
* *

¿Qué calamidad horrible es la que azota al más tranquilo de los rincones de la tierra? ¿Qué llamas son ésas, y cuáles esos gritos de pavor? Todo el valle se estremece de espanto. El alcázar de Alí arde por los cuatro costados, y los alaridos que llegan hasta la selva en alas del viento, salen de las bocas encarnadas de las sultanas, próximas á morir por orden de su señor. De pronto pasó una fantástica cacería; corrían desenfrenados los caballos, locos de terror y desgarrados los ijares por el acicate que les precipita en infernal galope. Centelleaban á la luz del incendio las cimitarras y los regios alcafares con fatídicos reflejos.

Al frente de la tropa venía el príncipe Alí, extraviados los ojos y demudado el semblante. Ya el abismo está próximo y no se detiene la cabalgata...... ¿A dónde váis así, mentecatos? ved que la muerte os espera...... Un paso más y...... ¡Teneos!...... Ya es tarde, todos ruedan á la profundidad en pos de su amo, con sordo bramido de torrente que se despeña. Cortesanos hasta el fin.

Avanzó entonces el derviche hacia el abismo, de cuya hondura salían aún rumores de muerte, y lanzando una inmensa carcajada que sacudió su largo y enflaquecido cuerpo como en una convulsión histérica:

—¡Miserable imbécil, la felicidad es el egoísmo!

***

Y el derviche fué otra vez feliz, y las ruinas del alcázar se cubrieron de líquenes y yedra, y

por entre las grietas de las paredes brotaron alhelíes amarillos.



LA PRINCESA LULÚ



La Princesa Lulú

MUY concurrida estaba aquella tarde la tertulia del célebre pintor Bouez. Había corrido la noticia de que el cuadro que destinaba al próximo Salón estaba terminado, y esta era la causa de haber acudido al taller gran parte de sus amigos, entre los cuales figuraban, con raras excepciones, los hombres más ilustres de París. Carlos Bouz era un predilecto de la fortuna; desde muy joven había adquirido mucha nombradía, colocándose en primera fila de la brillante pléyada de los pintores franceses de

fines de este siglo. A los treinta y siete años se veía rico, colmado de honores y dueño de un precioso hotel en la avenida de Villiers. Era además oficial de la Legión de Honor, miembro del Instituto de Francia, y había obtenido un año antes la tan codiciada medalla del Salón, por su cuadro del *Nacimiento de Venus* que representa á la diosa rubia surgiendo de la espuma de las olas. Su figura varonil era agraciada y su traza la del pintor moderno: alto, vigoroso y con unos bigotazos que le hacían parecerse á un capitán de coraceros.

Un nuevo cuadro de Bouez era siempre un acontecimiento muy interesante para todas las personas relacionadas de alguna manera con el arte. De las manos del gran pintor sólo podía salir una obra maestra, una de estas telas que nacen para ser colgadas en las paredes de un museo ó en la galería de un archimillonario. De aquí que la tertulia que tenía lugar todos los martes en el estudio de Bouez, fuera aquel día más numerosa que de costumbre. La vasta habitación techada de vidrio, capri-

chosa y ricamente alhajada, de la cual habían salido tantas maravillas del pincel y de la paleta, no era ya bastante á contener todas las personas de viso que habían acudido como obedeciendo á una cita. Los pintores, literatos y críticos mejor reputados andaban allí codeándose con ricos banqueros y nobles de muchas campanillas. «Admirable, soberbio, asombroso» eran las palabras que salían de todos los labios al contemplar el cuadro último de Bouez, artísticamente colocado sobre un caballete de encina y ya metido en su marco de oro.

La pintura era realmente magnífica. Representaba á una mujer desnuda y en pie junto á un arroyo que bajaba saltando de piedra en piedra por entre un bosque. *La ninfa del riachuelo* era el nombre que Bouez había puesto á su cuadro. Nunca se vió ninfa más bonita; no era posible pedir más al arte ni al humano ingenio; aquella mujer era idealmente bella, con esa belleza delicada que tan bien sabe expresar la pintura moderna. Sus cabellos de oro caían desparramados sobre la curva exquisita de los

hombros, y los finos y largos perfiles del cuerpo se destacaban con incomparable gracia y maestría en el fondo verde de la tela. En sus ojos azules como el zafiro brillaba el pensamiento y debajo de aquella carnación tan llena de vida, casi se veía correr la sangre. Un capricho del pintor le había puesto en el seno izquierdo un lunarcito color de rosa que resultaba muy cuco. Todos corrían á estrechar la mano del joven maestro llenándole de alabanzas que éste recibía visiblemente satisfecho y con una modestia no fingida que le estaba muy bien.

—Mi querido Bouez—dijo de repente la voz sonora del príncipe Savinow,—sois un gran pintor y habéis hecho una maravilla; pero es mucha lástima que estas mujeres tan lindas sólo vivan en las paletas de los grandes maestros, que se ven obligados á servirse de distintos modelos para llegar á obtener un conjunto perfecto.

—Os equivocáis, príncipe—replicó Bouez; —la Naturaleza, esa artista sin rival, sabe hacer cosas tan bellas y perfectas que ningún pintor

en el mundo, así resucitara el mismo Apeles, es capaz de igualar. Sin ir muy lejos puedo citaros un ejemplo; este cuadro no es más que un retrato, retrato fiel de una parisiense.

—¿Es posible?—exclamó el ruso sorprendido.

—Y tan posible.

—¿Es decir que la mujer que os sirvió de modelo es en un todo semejante á esa ninfa?

—Es mucho más bella aún.

—¡Cáspita! ¿Y el lunarcito rosado?....

—No es una fantasía; lo tiene el modelo.

—¿Y sería pecar de indiscreto preguntaros quién es esa mujer?

—Siento mucho no poder contestar á esa pregunta; yo mismo no lo sé.

—¡Cosa rara! No conocéis á una mujer que os ha servido de modelo.

—Cosa rara, en efecto.

—Pero habéis dicho que es parisiense.

—Sí; es lo único que he podido averiguar.

—Se trata, pues, de un misterio.

—Misterio ó cosa así, cuando menos de

uno de esos lances curiosos de la vida de París.

Poco á poco se había ido formando un círculo alrededor de ambos interlocutores, y todos parecían ansiosos de oir de labios del maestro la picante anécdota que parecía deber resultar de la conversación entablada.

—Contadnos cómo ha sido eso—dijeron varias voces en coro. Bouez se acercó á un velador cubierto de copas y garrafitas de cristal llenas de vinos exóticos, y después de tomar un cigarro de la Habana de una caja abierta, lo encendió y fué á apoyarse en una mesa de estilo Renacimiento, preciosamente labrada. Cada cual se fué arrellanando, para escuchar con más comodidad, en los sillones de tafilete y divanes orientales que adornaban el taller en artístico desorden.

—El invierno pasado—comenzó á decir el pintor entre dos bocanadas de humo—tuve el antojo de hacer el retrato de Rosita Mauri, la bailarina española, con el gracioso traje que saca en la Farándula. Ella se prestó gustosa á

mi deseo y la obra fué adelantando con mucha rapidez; el conjunto me tenía satisfecho, pero había un detalle, un pliegue picaresco de la boca que no me era posible reproducir; por momentos era tanta mi impaciencia que sentía deseos de arrojar mis pinceles por el balcón. Un día se me figuró que ya iba á triunfar de la dificultad. Sí, casi era eso; otro movimiento imperceptible de la mano y el plieguecillo rebelde quedaba fijado sobre la tela! En este instante abrió la puerta Francisco, mi ayuda de cámara, me distraje y todo se lo llevó el diablo. Ya pueden ustedes suponerse de qué manera le recibí. Traía recado de una joven que deseaba hablar conmigo de un asunto de la mayor importancia, y que se había negado á dar su nombre. Al principio rehusé verla, pero Rosita abogó con tanta gracia en favor de la desconocida, que me dejé ablandar.

Me encontré con una mujer joven, vestida de riguroso luto y cubierta la cara por un largo y tupido velo negro.

—¿Es al pintor Bouez á quien tengo el

honor de hablar?—me preguntó con una voz muy dulce, pero en cuya vibración se traslucía una impaciencia contenida.

—Yo mismo soy, señora. Si tenéis algo que decirme, os ruego que sea pronto, porque tengo mucha prisa.

—Seré breve—prosiguió ella;—yo tampoco tengo mucho tiempo que perder. Hace solamente ocho días que murió mi pobre madre, señor Bouez, y ya he recibido dos veces la visita de la justicia que se empeña en quererse llevar los restos de nuestra miseria. Necesito dos mil francos para salvar los pobres recuerdos de mi madre, y he pensado en vos para obtenerlos.

Le contesté que no tenía inconveniente en favorecerla, pero que debía tener en cuenta que dos mil francos son ya una suma de consideración.

—Veo que no me habéis comprendido—repuso ella con el mismo acento dulce y breve;—yo no he venido aquí á pedir una limosna

sino á proponeros un arreglo en que tal vez no seré la más favorecida.

—¿Un arreglo? Veamos cual es y si me conviene.

—A cambio de los dos mil francos que necesito os serviré de modelo para un cuadro- —Al decir esto levantó el crespón que la cubría, quedándome yo pasmado ante esa cara divina— y el pintor señaló la de la ninfa.

—Sois en verdad muy hermosa—dije después de contemplarla un rato,—pero nosotros los pintores no tenemos por costumbre contentarnos con sólo ver la cara de nuestros modelos, y no sé si esto puede conveniros.

Las mejillas de la joven se cubrieron de rubor y me pareció que vacilaba.

—Bien está—replicó en seguida con ademán resuelto;—al venir aquí ya sabía lo que se me esperaba; me veréis toda, y si la reproducción de mi cuerpo os parece valer dos mil francos, me los daréis mañana mismo, porque después ya sería tarde.

—Convenido.

—Volveré mañana.

—Hasta mañana, pues; venid temprano, á las ocho.

La bailarina me preguntó con interés por el resultado de mi entrevista con la joven y yo se lo referí, pareciéndole muy divertido. Eché mano del pincel con nuevo ardor y por fin pude atrapar el maldito pliegue. Al día siguiente llegó la muchacha á la hora convenida; traía los ojos muy llorosos. Al verla casi estuve tentado de ponerle los dos mil francos en la mano y decirle que se marchara, pero ella me desconcertó por la manera resuelta con que hizo ademán de comenzar á despojarse de sus ropas; temía sin duda que le faltara el valor. La condujе á un gabinete que está detrás de ese tapiz de Persia, y á los pocos minutos reapareció temblando de vergüenza y radiante de hermosura; en su carita de virgen se leía el sufrimiento que le causaba el sacrificio del pudor. ¡Qué angustiosas debían de ser las circunstancias que así la obligaban á exponer su cuerpecito desnudo á la mirada ofensiva de un desconocido!

Tuve lástima de la pobre niña y le ofrecí que se fuera, llevándose el dinero.

—Quiero ganarlo—me contestó con firmeza;—yo no recibo limosna.

—Esta es, señores, la historia verdadera del origen de ese cuadro—continuó Bouez;—uno de los tantos lances originales que presenta esta vida endemoniada de París, y que varían desde la más negra infamia hasta el heroísmo más sublime.

—¿Y tampoco sabéis el nombre de esa mujer?—preguntó de nuevo y con interés el príncipe Savinow.

—Sé que se llama Luisa; en cuanto á su apellido nunca me lo quiso decir, haciéndome prometer, además, que no trataría de saber quien era ni donde vivía.

—Promesa que no habéis cumplido, por supuesto.

—Al contrario, promesa que he cumplido religiosamente.

—Sois un modelo de galantería, mi querido Bouez—dijo el ruso en tono jovial;—yo hubiera

prometido, pero en cuanto á cumplir, ya es otra cosa.

Como se iba haciendo tarde fueron desfilando todos, muy contentos de tener una curiosa anécdota que llevar á los más elegantes *boudoirs* de París, donde sería discutida y comentada. Cuando ya no quedó nadie, el príncipe Savinow se acercó á Bouez y mirándole fijamente le dijo:

—Dadme vuestra palabra de caballero de que cuanto nos habéis referido con respecto á esa mujer es la pura verdad.

—¿Dudáis?—replicó el pintor amoscado.

—No tal; pero es posible que delante de tanta gente no hayáis querido decirlo todo, y he pensado que tal vez no tendríais inconveniente en confiármelo á mí solo.

—Lo siento mucho, pero no puedo añadir una palabra más á lo que ya he dicho.

—¿Palabra de caballero?

—Palabra de caballero.

Y el príncipe se marchó después de sacudir cordialmente la mano de su amigo el pintor

Bouez. El tal príncipe Savinow era un tipo curioso de eslavo excéntrico; dueño de una fortuna colosal tenía la idea de que nada en este mundo resiste al atractivo fascinador de los billetes de banco; y en esto preciso es confesar que no andaba muy descaminado. Entre otras manías extravagantes, una le había hecho célebre en San Petersburgo. Todos los años y á la misma época se aparecía en aquella ciudad con una nueva querida, que forzosamente había de tener alguna cosa rara. Unas veces era una japonesa de amarilla tez y pómulos salientes, otras una bayadera india ó una esclava marroquí. Pero agotado que hubo la lista de los países exóticos, preciso le fué dedicarse á buscar sus ejemplares raros en Europa. A esta causa obedeció el rapto de la Soledad, una gitana de Sevilla que bailaba tango en en el circo de Verano, y otras calaveradas ruidosas que pronto le colocaron á la cabeza de los más famosos trapisondistas europeos. Desgraciadamente cada año se le dificultaba más el encontr ar una mujer que reuniera las condiciones ne-

cesarias para mantener su fama á la misma altura. Ibase agotando el ramo y ya se acercaba el tiempo en que debía llegar á San Petersburgo, según su costumbre, con el nuevo tesoro descubierto, sin que nada hubiera podido hallar. ¿Habría llegado el día de renunciar á su triunfo anual? Si este fuera el caso ¡qué vergüenza para él! Y el príncipe se mataba buscando por todo París lo que tanta falta le hacía.

Lo que Bouez había relatado en la tertulia fué para él un rayo de luz y esperanza. ¡Qué triunfo si lograba llevarse aquella beldad maravillosa! Una perla nacida en París y descubierta por él. ¡Esto sí que era nuevo!

—Vamos—se dijo el príncipe al bajar las escaleras de la casa de Bouez,—ó yo he de poder muy poco ó me llevo la ninfa á Rusia.

Al día siguiente, estando todavía el pintor en la cama, recibió una esquelita concebida en estos términos: « Mi querido Bouez: Haréis de mí el hombre más feliz de la tierra enviándome con el portador una fotografía de la cabeza de

La ninfa del riachuelo. Os lo agradecerá eternamente—*El príncipe Savinow.*»

Ya tenemos al príncipe en campaña, pensó el maestro mientras ponía dentro de un sobre lo que su buen amigo y mejor cliente le pedía.



Pasó una semana sin que el pintor volviera á saber del príncipe. Una mañana que había salido á dar un paseo por el bosque de Boloña, al llegar cerca del pabellón chino sintió un galope precipitado. Miró hacia atrás y contuvo su caballo al ver á Savinow que avanzaba á revienta cinchas haciéndole señas de que le aguardase.

—Amigo Bouez—le gritó desde antes de llegar,—me alegro mucho de veros. Ya sé quien es la ninfa. Carillo me ha costado, pero al fin lo he podido averiguar.

—A la verdad que se necesita ser tan afor-

tunado y rico como vos para lograr descubrir á una muchacha en París, sin más dato que una fotografía.

—Nada se le dificulta al que puede pagar cada cosa según su valor ó el que la quieran dar. En cuanto llegó á mis manos la fotografía que tuvisteis la amabilidad de remitirme, me fuí con ella á una de esas agencias que viven de averiguar los secretos ajenos. —Buscadme, les dije, á la dueña de esta cara; se llama Luisa y vive en París; ya sabéis que pago bien.— Cuatro días después supe que la ninfa se llama Luisa Lambert, por otro nombre Lulú, y es una costurera muy honradita.

—¿ Qué más ?

—Sin pérdida de tiempo fuí á verla y le ofrecí un capital por que se marche conmigo á San Petersburgo.

—¿ Y bien ?

—Nada, que me echó á la calle con cajas destempladas.

—¿ Qué pensáis hacer ?

—Doblar mi oferta.

—¿Y si también la rechaza?

—La triplicaré; estoy dispuesto á llevarme á esa muchacha.

—Sois un demonio, príncipe, un demonio de oro. ¡Pobres Margaritas!

*
* *

El príncipe dobló, triplicó y cuadruplicó su oferta. Siempre la misma negativa. El escéptico calavera comenzaba á dudar por primera vez en su vida de la omnipotencia del oro.

Volvió á casa de la muchacha que rara vez salía de su buhardilla, resuelto á desprenderse de la mitad de su riqueza si era preciso.

—Perdéis el tiempo, príncipe—le contestó ella.—He jurado morir honrada y no tenéis bastante dinero para hacerme vuestra querida.

—Y yo he jurado á mi vez, encantadora Lulú, llevaros á Rusia y no he de economizar medios para conseguirlo.

—Pues yo sólo conozco uno.

—¿ Cuál es ?

—Hacedme princesa.

Diez díaz después publicaba *El Fígaro* la siguiente gacetilla:

« El príncipe Vladimiro Savinow, tan conocido y apreciado en la alta sociedad parisiense, acaba de poner punto final á su vida borrascosa, casándose con una linda costurera de Batignolles; hoy mismo han salido los nuevos esposos para San Petersburgo. Detalle picante: la señorita Luisa Lambert, hoy día princesa Savinow, sirvió de modelo al afamado pintor Bouez para su magnífico cuadro *La ninfa del riachuelo*, el cual ha sido comprado por el príncipe ruso en una suma fabulosa.»

Y así fué cómo la señorita Lulú, costurera de Batignolles, vino á ser la princesa Savinow.



TAPALIGUI



Tapaligui

EL rico pueblo de Nicoya se preparaba á celebrar en la tarde de aquel día, una de sus grandes fiestas religiosas y tradicionales. Diversos mensajeros habían recorrido la comarca convocando los pueblos á nombre de su señor, en fe de lo cual les mostraban una caña coronada de plumas; y los vasallos, acostumbrados á obedecer ciegamente, habían acudido presurosos. La gran plaza que hacía frente al templo del sol estaba llena de un abigarrado gentío que metía mucha bulla, impaciente por que

llegase la hora en que comenzarían los bailes y ritos, todo lo cual vendría á parar al fin y á la postre en una inmensa borrachera, porque bien sabido es que el embriagarse ha sido en todo tiempo el placer favorito de los indios.

Dos horas antes de la puesta del sol llegó el cacique Nambi, seguido de numeroso acompañamiento de nobles cortesanos y guerreros. Venían todos muy engalanados y compuestos, luciendo magníficos plumajes y collares. Distinguíase el cacique de los señores que formaban su séquito, por la corona de plumas con cerco de oro que ostentaba sobre la cabeza. Adelantóse majestuosamente el cortejo hacia el templo, frente al cual estaban dispuestos numerosos banquillos en que se sentaron Nambi y los suyos, porque en los bailes de aquel día sólo debía tomar parte la gente plebeya. Dividiéronse los hombres en dos filas compactas, y colocándose la una enfrente de la otra, sonaron los atabales y rompieron todos á bailar, cantando y haciendo muecas y contorsiones extravagantes.

La danza comenzó grave y pausada, mas pronto se fué avivando á medida que iba creciendo el bum bum de los panderos y se hacía más agudo el sonido de los pitos de barro. En breve estuvieron los danzantes en un estado de extraordinaria excitación; jadeantes y cubiertos de sudor, se meneaban y retorcían cada vez más á prisa, sin demostrar cansancio alguno; y el sol, próximo á ocultarse detrás de las montañas, coloreaba fantásticamente el cuadro con sus rayos cobrizos ya casi apagados.

A poco rato aparecieron muchas mujeres trayendo vasijas llenas de una chicha de maíz muy fuerte. Repartiéronse por entre los danzantes, los cuales sólo paraban un minuto para beber y luego seguían agitándose con movimientos epilépticos. Otro grupo más pequeño, compuesto de las más hermosas doncellas de Nicoya—pueblo famoso por la belleza de sus mujeres—se dirigió hacia donde estaban el cacique y los nobles señores que le acompañaban. Al frente de las demás venía una preciosa muchacha de dieciséis años. Quedáronse todos

embelesados al verla adelantarse á pasitos cortos, con el cántaro graciosamente apoyado en la cadera; su lindo y bronceado cuerpo, casi totalmente desnudo, se movía á compás del voluptuoso contoneo de su marcha. «Es Miri, la hija de Coyopa,» dijo una voz. La muchacha fuése derecha al cacique y le convidó á beber, en tanto que sus compañeras hacían lo mismo con los demás señores. Nambi tomó el precioso cántaro que le alargaba la doncella y lo llevó á sus labios, clavando al propio tiempo sus ojos de sátiro en la hermosa nicoyana.

Bebieron todos copiosamente, menudeando desde aquel instante las libaciones; y si las mujeres no se cansaban de escanciar la chicha, los danzantes y espectadores tampoco parecían hastiados de beberla. Entre Nambi y los suyos circulaban también jícaras de chocolate, rico y noble brevaje de que sólo hacían uso los grandes; y de vez en cuando traíanles las mujeres hojas secas de tabaco, y ellos, después de arrollarlas en forma de cilindro y atarlas con hilos de cabuya, encendíanlas por un extremo,

absorbiendo con delicia el humo que exhalaban por el otro.

Llegó la noche y no por esto cesó la fiesta que ya había degenerado en asquerosa orgía, siendo la embriaguez general. Muchos de los danzantes habían caído pesadamente en un estado semejante al de la muerte, ó andaban de aquí para allí, tropezando y haciendo ademanes estrafalarios; algunos lloraban á gritos ó reían con esa risa estúpida de los borrachos; otros daban muestras de la más desenfrenada locura y se revolcaban en el suelo, lanzando alaridos que infundían pavor. Las mujeres recorrían la plaza, buscando á los suyos á la luz incierta de las estrellas, y cuando los encontraban caídos en el suelo, alzábanlos para irlos á poner al abrigo de sus chozas. Pronto ya sólo quedaron en pie Nambi y dos ó tres de sus cortesanos, bebedores intrépidos. El cacique era reputado por el primer bebedor de su tierra, lo cual contribuía no poco al respeto y admiración que por él tenían sus vasallos; era además hombre corrompido y de tan malas costumbres,

que su depravación le había valido el nombre de perro, porque Nambi quiere decir perro en lengua de Chorotega.

El cacique no había cesado durante toda la fiesta de mostrar á Miri con miradas y palabras la impresión que sobre él hacía su hermosura excepcional, pero la doncella no parecía notarlo. Cuando volvió á la plaza por la centésima vez trayendo más chicha, ya sólo quedaba en ella un hombre que no estuviese caído en el suelo: este hombre era el cacique. Miri lo divisó en la penumbra sosteniéndose aún sobre el banquillo, pero dando muestras ya de estar completamente borracho; acercóse á él, y viendo la imposibilidad en que estaba de sostener el cántaro con sus propias manos, arrimóselo á la boca. Tragó Nambi cuanto le fué posible, interrumpiéndose por momentos para dar un resoplido de satisfacción; de pronto pareció despertar y se puso de pie violentamente, enlazando el cuello de Miri con sus brazos temblorosos y torpes; pero ella, al recibir sobre la cara el aliento quemante y fétido de aquel hom-

bre, sintió un asco profundo, invencible y lo rechazó con ira. Vaciló el cacique, hizo un esfuerzo para mantenerse en pie, pero vencido por la borrachera, cayó por fin como los demás. De todos los que asistieron á aquella fiesta, músicos, danzantes y espectadores, era el último que caía.

No bien rodó Nambi en el suelo, y como si hubiera estado esperando este momento, cuando Miri echó á andar apresuradamente hacia el golfo al través de la plaza. El espectáculo que entonces presentaba este sitio era repugnante y lúgubre. Por todos lados yacían los actores de la fiesta en las posturas más estrambóticas; algunos gemían y se agitaban, sin duda víctimas de horrible pesadilla; otros roncaban como tubos de órgano; los más parecían muertos. Aquello se asemejaba á un campo de batalla abandonado después de la refriega, ayudando á la ilusión las sombras de las mujeres que vagaban en busca de sus maridos, padres ó hermanos, como los miserables que van en pos de los ejércitos y que sólo aparecen en

medio de las tinieblas, cuando duermen los vivos y agonizan los heridos.

Miri prosiguió su marcha sin cuidarse de lo que á su alrededor pasaba. Sabía que en aquel momento no se hallaba en todo Nicoya hombre capaz de seguirla, y que las mujeres estaban demasiado atareadas para que su curiosidad fuera cosa de temer. Pronto llegó á la playa. La mar estaba en completa calma; pequeñísimas olas venían á lamer las arenas de la orilla murmurando suavemente, como para no romper la armonía de aquella espléndida noche de los trópicos. Millares de estrellas brillaban en el cielo de color azul tan opaco, que más parecía negro, y un soplo apenas perceptible hacía temblar la cresta de las palmeras. Fuertes aromas exhalados por los bosques llenaban la atmósfera de cierta voluptuosidad inexplicable que enervaba los sentidos, y en tonos discordantes sonaban esos mil ruidos extraños de la naturaleza adormecida. La muchacha seguía corriendo por la playa, en cuya arena, tibia aún del calor del día, se hundían apenas

sus piesecitos. Al llegar á una ensenada se detuvo, tomó aliento y silbó de una manera particular; un segundo después le contestó á lo lejos otro silbido igual. Trascurrieron dos minutos durante los cuales sólo se oía el flac flac del agua; apareció entonces un hombre viniendo de la espesura; avanzó algunos pasos con precaución y esperó.

—Tapaligui—llamó Miri.

—Yo soy—respondió el interpelado aproximándose. Era éste un indio de elevada estatura y ademán resuelto. Traía la mitad de la cabeza rapada, y el resto de los cabellos formando un empinado cono, de cuya cima recaían en forma de borla, prueba de que aquel hombre era un gran guerrero. De su cuello pendían algunos collares, y en la mano derecha empuñaba una lanza de punta de obsidiana, lo que parecía indicar que no se hallaba en tierra amiga.

—¿Por qué has tardado tanto, Miri?—preguntó el indio en tono de reconvención.

—No me ha sido posible venir antes, Ta-

paligui, señor mío. La fiesta ha durado mucho y yo tuve que servir á Nambi.

—¡Perro miserable!—exclamó el indio. Hubo una pausa después de la cual añadió con voz insinuante:

—Mi choza te espera, Miri. Diez esclavas chondales te servirán; mullidas pieles de tigre serán tu lecho, y los más lindos collares de piedras verdes adornarán tu cuello.

—Soy tu esclava, Tapaligui; mi mayor deseo es vivir en tu choza; pero ¿olvidas acaso á mi anciano padre? ¿Quién molerá su cacao y su maíz; quién pondrá á secar las hojas verdes del tabaco cuando Miri no esté allí para hacerlo? Recuerda que no tiene más hija que yo.

El indio bajaba la cabeza convencido por las razones de su amada, porque entre aquella gente salvaje el respeto y amor á los padres eran un verdadero culto.

—Además—prosiguió Miri,—tú eres el enemigo mayor que tiene mi nación y mi padre se moriría de pena al saber que estoy en tu poder.

Tapalagui meditó un rato, buscando sin duda una solución favorable á sus deseos; levantó en seguida la cabeza y dijo con soberbia:

—Bien haces en no abandonar á tu padre, Miri; pero yo he jurado que has de ser mía y Tapaligui sabe hacer que se cumplan sus deseos. Si tú no puedes separarte de tu padre y él no ha de querer venir de grado con nosotros, lo llevaré prisionero contigo á Chira, después de matar á Nambi y saquear á Nicoya.

Miri escuchó el terrible proyecto con naturalidad, y hasta le pareció bien, pues tales eran las costumbres de aquellos pueblos que vivían en continua guerra unos con otros, y para quienes la ley del más fuerte era la única ley. El bizarro Tapaligui era muy capaz de llevar á cabo su arriesgada empresa. Hijo del cacique de Chira, Niquir, era sin duda el guerrero más esforzado de su nación; su valentía y extraordinaria fuerza le habían conquistado gran reputación y fama entre todos los pueblos ribereños del golfo de Orotiña, y su nombre era temido y

respetado hasta los confines del gran cacique Niqueragua.

—Cuando el sol haya brillado diez veces en el cielo—continuó el indio,—volveré con los guerreros de mi padre.

—¡ El día de la gran fiesta del sol !—exclamó Miri asustada.

—Ese mismo; será una magnífica sorpresa y esta vez no escapará Nambi de mis flechas.

Tapaligui dijo estas últimas palabras con un acento feroz en que apuntaba un odio salvaje y reconcentrado, odio hereditario entre los caciques de Nicoya y de Chira, que á cada instante reavivaban las sangrientas guerras que se hacían los dos pueblos. Además, Tapaligui había vivido en Nicoya durante algunos meses en calidad de rehén, porque era costumbre entre los indios cambiar rehenes cuando después de un tiempo de guerra acordaban suspender las hostilidades, para así evitar sorpresas. Nambi, hombre rencoroso y de pasiones bajas, había tratado con dureza á su prisionero, y éste juró

vengarse. Hubiéralo hecho ya á no haber sido por el recuerdo de la dulce Miri, á quien había conocido y amado durante su cautiverio.

El primer destello del nuevo día vino á indicar á los amantes la conveniencia de separarse. Aproximóse el indio á la mar y lanzó un grito gutural de modulación extraña. Un instante después apareció, avanzando sobre las aguas, una canoa tallada en el tronco de un árbol; venía tripulada por dos hombres. Tapaligui saltó en ella, y la embarcación se alejó rápida y silenciosa. Cuando hubo desaparecido con dirección á la isla de Chira, Miri regresó corriendo á Nicoya.

***

El cacique Nambi, repuesto ya de la horrible borrachera con que había celebrado, según costumbre de sus antepasados, la fiesta de los ídolos, no podía dejar de pensar en la her-

mosa doncella que le había servido en aquella ocasión. Mandó á llamar al viejo Coyopa, señor muy principal y rico, y le manifestó el deseo que tenía de ver á Miri en su choza. Alegróse el anciano con esta nueva, porque los choroteganos, lejos de considerar como afrenta el que sus hijas compartiesen el lecho del cacique, teníanlo á mucha honra, y luego las muchachas eran más solicitadas y se casaban mejor. ¡Cuál no sería por tanto la cólera y asombro de Coyopa cuando vió la obstinación con que su hija rehusaba las proposiciones de Nambi! Y no puede decirse que fuera por virtud, pues ésta no era cosa muy acostumbrada entre las indias de aquellos tiempos. Debe creerse más bien que la negativa de Miri la motivase aquella misma repugnancia física que la había hecho rechazar al cacique en la noche de la fiesta.

Ruegos, amenazas, promesas, halagos, todo fué inútil, la muchacha se mostraba inflexible. El viejo Coyopa estaba desesperado y temblaba por su vida y la de su hija, pues bien conocía la crueldad del cacique y la brutalidad

de sus pasiones. Miri lloraba viendo el dolor de su padre; de pronto tuvo una idea.

—Padre—dijo,—vuelve al lado de Nambi y dile que en la noche de la gran fiesta del sol, Miri dormirá bajo el techo de su choza.

Corrió el viejo á llevar al cacique la respuesta de su hija, y lo encontró en medio de sus cortesanos hablando de guerras y cacerías. Al ver á Coyopa se interrumpió para escucharle; mas al oir las noticias que el anciano le traía, se enfureció de tal manera, que todos los que allí estaban dieron por muerto á Coyopa; éste tartamudeó algunas excusas, y el cacique contra su costumbre las escuchó. Por fin, después de muchos ruegos y súplicas se dejó ablandar, aunque de mala gana, por ser hombre que no conocía obstáculos para sus apetitos.

Pasaron días y al cabo de ellos vino el de la gran fiesta del sol. Desde buena mañana notábase gran movimiento en todo el pueblo. Hombres y mujeres se acicalaban lo mejor que podían, con sus más ricas plumas y collares; veíaseles sentados en la puerta de sus chozas,

pintándose el cuerpo y la cara unos á otros y trenzándose el cabello. Todo aquel aparato era necesario para presenciar los sacrificios humanos, espectáculo muy apetecido y que sólo tenía lugar tres veces en el año, porque tres eran las grandes fiestas del sol. Enfrente del templo lleno de ídolos de barro y oro macizo, se alzaba coronado de una piedra larga y maravillosamente labrada el montón del sacrificio. Sobre esta piedra magnífica dejaban las entrañas las víctimas destinadas al culto de la divinidad sanguinaria.

Era cosa de verse la impaciencia con que todos esperaban la llegada del cacique, para dar principio á los bailes que debían preceder á la inmolación de la primer víctima, cuya sangre se consagraba al sol. La concurrencia era extraordinaria, porque en los ritos y bailes de las tres grandes fiestas anuales del sol, tomaban parte todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, debiendo estas últimas estrenar en semejantes ocasiones un par de *gutaras* ó zapatos de cuero de venado. Al pie del montón

del sacrificio yacían, atados de pies y manos, unos cinco ó seis desgraciados cuya carne sería comida como manjar santo, después de que su sangre se ofreciera á los ídolos; dos de ellos eran víctimas voluntarias, siendo fácil reconocerlos por el contraste que formaba su estoicismo con los ayes y gemidos de los que iban á morir por fuerza.

Un prolongado rumor anunció la llegada de Nambi y de la magnífica corte que con él venía. Brillaban á la luz del sol los plumajes, las placas de oro y los collares de conchas y dientes de animales que ostentaban los nobles señores. Todos ellos vestían con telas de algodón preciosamente teñidas de colores vivos, en que dominaba la púrpura; su traje se componía de unas enagüillas ceñidas y de una camisa corta sin mangas, luciendo en los desnudos brazos caprichosos tatuajes, entre los cuales descollaba la figura de un tigre, emblema y divisa del pueblo nicoyano. Las mujeres iban completamente desnudas.

A una señal del cacique acudieron todos á

tomar sus puestos para el baile. Las mujeres formaron un círculo en el centro de la plaza, teniéndose por los brazos, y los hombres otro más extenso alrededor del primero. Entre ambos círculos quedaba una calle por donde circulaban los portadores de chicha, dando de beber á hombres y mujeres. Nambi se colocó detrás de Miri y procuró no separarse de ella á pesar de los vaivenes del baile. La infeliz don cella no podía tener sosiego; sentimientos diversos se agitaban en su interior llenándola de zozobra, y á cada instante se imaginaba ver llegar á Tapaligui al frente de sus feroces guerreros, y aquella hermosa fiesta convertida en sangrienta carnicería. A ratos sentía deseos de que no llegase el bizarro hijo de Niquir, pero al recordar la promesa hecha al cacique, temblaba á la idea de no verle aparecer y se impacientaba por su tardanza. La puerta del templo que había permanecido cerrada, se abrió por fin y salieron por ella los sacrificadores, brujos y adivinos, precedidos por el gran sacerdote que vestía una túnica azul y llevaba en la ca-

beza una especie de tiara. Cuatro de los brujos que lo acompañaban, completamente desnudos y luciendo cascabeles de oro en el cuello y en los pies, fueron á colocarse en las esquinas de la plaza, y agitando á un mismo tiempo los incensarios de que eran portadores, lanzaron hacia el sol densa humareda de olorosa chirraca, al par que el astro, como si tuviera conciencia de la importancia de su papel en aquel instante, resplandecía soberbio y abrasador en medio de un cielo purísimo, haciendo brillar los plumajes y las placas de oro.

De pronto, un homLre jadeante y cubierto de sudor atravesó corriendo la plaza atropellando á los danzantes, y se lanzó hacia donde estaba el cacique.

—¡ Nambi !—gritó el indio—los guerreros de Chira han desembarcado cerca de aquí y vienen sobre Nicoya con Tapaligui.

—¡ Tapaligui, señor mío !—exclamó Miri alborozada sin poderse contener.

El cacique al oir estas palabras saltó como un león herido, y agarrando á la muchacha por

un brazo la sacudió violentamente, poseído de una cólera terrible.

—¡Conque Tapaligui es tu señor, miserable esclava! Ahora comprendo por qué me emplazaste hasta la fiesta del sol; tú sabías que él vendría hoy y le esperabas. ¡Yo te enseñaré á despreciar al gran cacique de Nicoya por un miserable guerrero de Chira!

Y al decir esto levantó en sus nervudos brazos á la pobre Miri, que temblaba como la hoja azotada por el viento, y la llevó hasta el montón del sacrificio.

—Aqui tenéis á vuestra primera víctima— dijo Nambi á los sacerdotes.

Entre la multitud reinaba grande agitación, causada por la noticia traída por el mensajero, la cual se había propalado con increíble velocidad. Los hombres se impacientaban por correr á las armas, pero al ver que el cacique no se movía permanecían allí perplejos; las mujeres temblaban. Apareció entonces en la cima del montón del sacrificio la primera víctima:

era Miri, desfigurada y convulsa. Cnatro sacerdotes la echaron sobre la piedra fatal, sujetándola fuertemente; alzó el sacrificador el brazo en cuya extremidad brillaba el cuchillo de negra obsidiana, y con un movimiento rápido lo hundió en las carnes de la doncella; luego arrancó el corazón y elevándolo sobre su cabeza ofreciólo al sol. En este momento silbó una flecha y el terrible verdugo cayó al suelo.

Un terror indescriptible sucedió á la muerte del gran sacrificador; nadie se movía. De pronto comenzó á arremolinarse la gente en un extremo de la plaza, y poco á poco fuése formando un círculo en cuyo centro se destacaba la figura arrogante de un hombre de elevada estatura, que traía el cuerpo pintado de negro y rojo, colores de la guerra. En la mano izquierda empuñaba aún el arco de que había salido la certera flecha.

Nambi, recobrado del estupor que le produjo el hecho extraordinario que acababa de presenciar, se lanzó corriendo sobre el montón del sacrificio para ver mejor lo que sucedía.

De allí descubrió el claro y al guerrero en el centro.

—¡Tapaligui!—gritó el cacique.

—¡Esta para ti, Nambi, perro cruel y cobarde!—rugió el indio á su vez, al par que otra flecha salía veloz de su vigorosa mano é iba á clavarse en la garganta del cacique.

Al propio tiempo que esto pasaba, acudían á la plaza por distintos puntos y lanzando su feroz grito de combate, varios guerreros nicoyanos armados á toda prisa. Tapaligui impávido y magnífico no se movía, esperándolos á pie firme; y ya iba á trabarse un combate que de fijo sería tremendo, cuando de súbito un trueno espantoso rasgó la atmósfera, llevando el terror á su colmo. Pasado un momento en que nadie osó respirar, salió del pecho de la multitud un grito de indecible espanto. Allá en la mar, balanceándose suavemente sobre las aguas, estaba un barco monstruoso; en su popa flameaba el pendón soberbio de Castilla, y por una de sus bandas humeaba aún la boca de un

cañón. Espesos nubarrones cubrieron el cielo y apagaron su brillo.

El culto del Sol había muerto. Comenzaba el del Crucificado.



NEUROSIS?



Neurosis?

JUAN Zamora—me respondió alguno después de mucho indagar,—un joven de buen talante que regresó de Europa hará unos seis años y que según decían era pintor ó cosa así.

—El mismo.

—Pues si no me engaño, vive soterrado en una hacienda, mas no sé dónde.

Armado de esta noticia vaga proseguí con empeño mis pesquisas, que á la postre tuvie-

ron buen resultado. Lo del soterramiento era cierto, la hacienda tenía por nombre los Higuerones, cerca del vecino pueblo de Escazú; mas la causa de tan extraño género de vida en un hombre como Juan Zamora, á quien había conocido en París alegre, vividor y en extremo sociable, nadie me la supo decir.

Yo abrigaba en mi corazón un leal y desinteresado cariño por el jovial compañero del barrio latino. El había sido mi piloto en el tumultuoso oleaje de la gran ciudad. En los ocho meses que juntos pasamos en un modesto cuarto piso de la calle Gay-Lussac, me puso al tanto de las mil triquiñuelas de la vida parisiense, empeñándose muy de veras en hacerme soltar el pelo de la dehesa; armándome con sus prácticos y sutiles consejos, contra las asechanzas de todo género á que allí está expuesto un joven de dicisiete años, apasionado y generoso como lo son en general los americanos latinos.

—Todo lo que ves aquí es farsa—solía repetir con su acento burlón.—El saludo lleno de respeto que acaba de hacerte el portero, farsa; al

inclinarse puedes estar seguro de que el muy bribón pensaba: «Este majadero es americano y por ende fachendoso; me soltará un buen aguinaldo.» La amabilidad de las gentes, farsa; eso se gradúa en París por el número de luises que llevas en el bolsillo; y así todo lo demás. En este país no hay quien no juegue á la última jarana. Procura ser siempre el más listo, por no decir el más tramposo. Los españoles nos sacaban el oro con la punta de la espada; estos pillos de parisienses hacen lo mismo á fuerza de sonrisas y cortesías.

Juan Zamora estaba dotado de un exquisito temperamento de artista y prometía ser un pintor de gran mérito. Fué á París enviado por su padre á estudiar medicina, y en un principio hizo excelentes estudios; mas de pronto, de la noche á la mañana, trocó el bisturí por la paleta. —No he nacido para carnicero—contestaba cuando era interrogado sobre este punto. —La medicina es oficio de cuervos ¡qué asco! En cambio el arte es mi delirio.—En poco tiempo venció las grandes dificultades del

dibujo. Sus trabajos llenos de vigor y originalidad le valieron reiteradas y calurosas felicitaciones de Gervex, en cuya academia estudiaba; y ya sus compañeros y amigos le presagiaban un brillante porvenir, cuando de pronto tuvo una nueva genialidad y lo echó todo á rodar. La cosa fué así. Una noche volvió á casa exaltadísimo. Despertóme, y sentándose á los pies de la cama se soltó á hablar con tal vehemencia, que al pronto creí que estaba borracho.

—Ramoncillo, he tenido esta noche una revelación. Hasta hoy he vivido engañado, créemelo, completamente engañado, ciego. No es la pintura lo que ha de hacer de mí un hombre célebre; ahora lo comprendo y maldigo el tiempo perdido en embadurnar lienzos y tajar lápices. ¡Pobre de mí que me creía llamado á ser un Velázquez! Pero esta noche he abierto los ojos, he descifrado el enigma que está prisionero aquí *(golpeándose la frente)* .... La música, chiquillo, la música es el arte más grande, el más sublime, digo más, el único arte,

porque es el que mejor habla al alma . . . . y yo seré un gran músico, sí, un gran músico como Wagner, que es como si dijera, el rey, el emperador, el dios de todos los músicos.

Y al decir estas y otras cosas disparatadas hacía grandes gestos como de director de orquesta.

Toda aquella explosión había sido provocada por la asistencia de mi pobre amigo á un concierto wagneriano. Desde esa noche, adiós pinceles; sumido en los intrincados laberintos del contrapunto, Juan Zamora deliraba con Beethoven. Un suceso inesperado vino á poner punto final á su endiablada chifladura. Su padre, informado al fin de que había abandonado el estudio de la medicina, le mandó regresar inmediatamente á Costa Rica.

—Volveré, chiquillo, volveré—me decía en la estación de San Lázaro;—dentro de tres meses me tendrás aquí de nuevo y asistirás al estreno de mi primera ópera, una obra que ha de entusiasmar á los modernistas . . . . ya verás qué revolución. Cómo nos reiremos de la có-

lera de los viejos abonados que se babean de gusto al oir rascar los sonsonetes italianos. Espero á mi vuelta encontrarte convertido; no puede ser de otro modo. Es preciso que abras los ojos á la verdad, que te convenzas de que Verdi y demás compañeros mártires, no son más que fabricantes de tonadillas para uso exclusivo de los pianos callejeros.

No volví á saber de mi buen amigo, el futuro Wagner. Dos cartas le escribí y ambas quedaron sin respuesta, mas no por esto le eché en olvido, procurando siempre obtener noticias suyas. Un paisano, de paso en Europa, me dijo alguna vez que Juan iba á casarse. Luego no supe más de él.

Llegó por fin mi turno de regresar al país natal, cosa siempre buena, aunque para ello sea preciso dejar á París. Con mi diploma de doctor en medicina en el bolsillo y contento de mí mismo, me embarqué lleno de confianza en el porvenir. Durante la travesía, cuando llegada la noche me echaba perezosamente en la silla larga

á soñar con mi rinconcito de América, escuchando la canción de la brisa en las jarcias y mecido por el suave balanceo del barco, entre las ideas más risueñas que se me ofrecían de las cosas que habría de encontrar por acá, era una de las más gratas la de tornar á ver al antiguo camarada.

Transcurridos algunos días después de mi llegada, días consagrados en exclusivo al hogar y á la familia, monté una mañana muy temprano á caballo y acompañado de un guía me partí en busca del amigo. Juan no se hallaba en casa, pero un mozo de la hacienda se ofreció á llevarme al sitio donde suponían que debía de estar. Echamos por entre los cafetales, y después de un rato de caminata dimos con él. Al pronto no le hubiera conocido; no era el mismo Juan Zamora, aquel mozo esbelto y lleno de arrogancia que tan buena figura hacía en el bulevar San Miguel; el hombre que tenía delante era un campesino tosco y mal trajeado. Sólo una cosa no había cambiado en él: la mirada, siempre franca, leal y llena de

inteligencia. No hubo más que una exclamación y caímos en brazos el uno del otro.

—Ramoncillo, tú por acá, buena pieza— me decía entre dos abrazos con la protectora familiaridad de otros tiempos.—No puedes imaginarte el gusto que tengo en verte.—Y como notara que algunas mujeres de las que por allí estaban ocupadas en la recolección del café, habían interrumpido la faena para observar nuestros transportes, añadió con su acento burlón de antaño: « Vamos, niñas, que se os enfrían los dedos. »

Me negué á regresar á la casa, prefiriendo acompañarle en sus vueltas. Corría el mes de enero y era tiempo de cosecha. Las ramas de los cafetos doblegábanse al peso de sus frutos, pequeñitos y encarnados como guindas, tan maduros ya que no pocos andaban por el suelo. —Buena cosecha, magnífica—iba diciendo Juan; de esta ladera he de sacar por lo menos cuarenta fanegas por manzana.—Avanzaba por la angosta y larga callejuela, mirando á un lado y otro con visible satisfacción, mostrándome con

un gesto de complacencia los árboles más fecundos.—¿Ves aquel pedazo, allí á la derecha? Pues cuando lo compré, hace dos años, era un *varejonal;* mira ahora qué bien cargadito que está; pero así hubo que meterle el hombro!

Yo le oía charlar, sorprendido por el nuevo rumbo de sus ideas. La última vez que le había visto su delirio era la música, y ahora me lo encontraba lleno de entusiasmos agrícolas. Cambio tan completo tratándose de un artista genuino, parisiense incorregible por añadidura, parecía indicar un desquiciamiento; y muy ufano en mi papel de sabio de nuevo cuño, me propuse escudriñar lo que pudiera haber de anormal dentro de aquella cabeza que, forzoso es confesarlo, no había sido nunca modelo de equilibrio.

En breve llegamos al lugar donde se hallaba la mayor parte de la gente ocupada en la recolección. Unas cincuenta mujeres, cubierta la cabeza por un ancho sombrero de paja y arremangadas hasta los codos, teñidos los brazos y manos por la miel del café, iban despo-

jando rápidamente las ramas de sus frutos, echándolos luego dentro de la cesta que llevaban pendiente de la cintura. Algunos hombres y niños había también ocupados en la misma labor.

—Esta gente con tal de ir de prisa maltrata mucho las matas—observó Juan haciéndome notar el triste aspecto de los arbustos, cuyas ramas, poco antes lozanas y cargadas de granos, pendían ahora destrozadas y mustias como si por ellas hubiera pasado el chapulín.

A las diez regresamos para almorzar. Buen apetito, buen humor, buenos guisos y vino añejo; con estos cuatro requisitos se convierte la mesa en uno de los mayores placeres. Apetito y humor nos sobraban; en cuanto á la parte culinaria, para nosotros excelente, la hubieran despreciado muchos de seguro, por ser rigurosamente compuesta de guisos nacionales: la carne asada, los negros frijoles relucientes, el dorado plátano frito, el arroz blanquísimo y las tortillas de maíz bien calientitas y tostadas. Juan sacó de una alacena una deliciosa botella

de burdeos. Es el único resabio de *gourmet* que me queda—exclamó alegremente llenándome la copa.—El vino, Ramoncito, es amigo del hombre. Homero lo cantó con predilección y después de él casi todos los poetas; pero ninguno mejor que el jovial y truhanesco Baltasar de Alcázar.

Durante todo el almuerzo continuó muy picotero, haciendo á ratos gala de una erudición literaria que yo no le conocía. A eso de las doce llevóme á conocer la maquinaria de la hacienda. Se trabajaba con mucha actividad por la abundancia de la cosecha. Las pilas donde se hace la fermentación rebosaban café acabado de salir del quebrador; los patios inmensos se veían totalmente cubiertos de frutos expuestos al sol, y cuyo color variaba del rojo al amarillo, pasando por el negro, según el estado de sequía que habían alcanzado. Una vez bien secos eran llevados de nuevo á las máquinas; la una separaba las semillas de la broza, otras las limpiaban y pulían. Por último los chorritos de granos color de pergamino, sa-

liendo por las bocas del clasificador, según la calidad, y ya listos para sufrir la última operación del complicado beneficio, la escogida, que por lo general se practica por mujeres en la ciudad.

Juan me iba detallando las diferentes funciones de la maquinaria, ponderando en términos laudatorios para los yankis, los magníficos adelantos obtenidos en los últimos años.—Observa lo perfecto que es todo esto—me decía alzando la voz á causa del ruido ensordecedor de las máquinas.—Qué lejos estamos ya del pilón de madera y de la trilla de bueyes. Cuatro hombres bastan ahora para hacer el trabajo. Ni tan siquiera necesitamos leña porque ese motor perfeccionado se alimenta con la broza. Con decirte que al mismísimo sol le hemos dado de mano desde que tenemos la secadora Guardiola.—Y yo admiraba, ó cuando menos lo fingía, por complacerle. Más de una vez, desde mi llegada, había estado á punto de interrumpir sus pláticas para interrogarle sobre lo que tanto deseaba saber: el cambio extraordi-

nario operado en su carácter, vida y costumbres; llegué hasta iniciar una pregunta, pero él la eludió, desviando al punto la conversación. Esta reserva no hacía más que aguijonear mi curiosidad, contenida por el temor de ser indiscreto. A la tarde manifesté deseos de marcharme, pero Juan se opuso terminantemente á ello.—No te vayas; no lo permitiré de ninguna manera; mandaré recado á tu casa para que no te esperen. Quiero que me dediques el día entero. Tenemos aún mucho que hablar, que hacer recuerdos del buen tiempo viejo, del que ya no volverá y juntos pasamos en París.

Era demasiado seductora para mí la perspectiva de una charla íntima con el viejo amigo, para que pensara un solo instante en declinar la invitación; sin embargo, aproveché la coyuntura para imponer condiciones.

—Acepto gustoso—le dije;—pero en cambio ofréceme satisfacer un deseo vehemente que tengo y es . . . .

—No prosigas, ya sé lo que quieres. Ten paciencia; luego lo sabrás todo.

Fué la comida tan amena como el almuerzo. Pasados los postres salimos fuera á tomar el café. En el corredor de la casa nos esperaban anchos sillones de junco; encendimos los cigarrillos, y allí tumbados á estilo de perezosos, nos dimos á saborear con delicia el sin rival café patrio. En silencio mirábamos la línea ondulante de la cordillera, detrás de la cual acababa de esconderse el sol con soberbias y resplandecienles llamaradas rojizas. Sobre las faldas de los montes aparecían las dehesas agostadas por la ausencia de lluvias y los vendavales de diciembre, como grandes manchas amarillosas de vegetación muerta, cortadas aquí y allá por la línea verde obscura de un cercado ó la nota glauca de los cañaverales. El día se marchaba á la carrera; pasado un cuarto de hora, del espléndido crepúsculo sólo quedaba uno que otro arrebol que se desteñía por instantes. En la hacienda todo indicaba la proximidad de la noche. Terminada la tarea cada cual acudía al hogar á buscar el descanso bien ganado después de la faena ruda. Bajo un cobertizo

que servía de albergue á las carretas estaba un mozo dando de comer á su yunta de bueyes con ese amor entrañable del campesino costarricense por su noble y paciente compañero de trabajo. Armado de un largo machete descortezaba cañas de azúcar, y después de hacerlas en trozos pequeños las ofrecía á los rumiantes. El gesto era el mismo del árabe que brinda la cebada á su caballo, solícito, casi respetuoso. Al pasar, los peones nos saludaban con un «buenas tardes» lleno de afecto, á que nosotros no siempre respondíamos, embebidos como estábamos en nuestras reflexiones. De pronto brilló una luz en un largo caserón de trabajadores, situado á corta distancia, y por una de esas extrañas ilaciones del pensamiento, el mío se trasladó de un salto á París. Ante mis ojos puestos en el vacío, desfilaron con rapidez vertiginosa los días venturosos allí vividos en compañía de Juan Zamora, y sentí una tristeza honda y dolorosa al contemplarle tan decaído.

—Vamos, Juan—le dije con frase labiosa

é insinuante—¿ qué significa este estado de salvajismo en que ahora te encuentro; esa facha indigna de un hombre como tú? ¿ Ha muerto acaso en ti todo sentimiento de noble ambición?

—Calla, calla, no me hables así.

—¿ Y por qué? ¿ No es mi deber? Estás hecho un animal; tu vida no tiene disculpa, porque es la de un imbécil y á ti te sobra el talento. A fe que no te conozco. ¿ Has olvidado acaso que existe una Europa, donde se vive en la acepción que los hombres cultos dan á esta palabra? Casi estoy por creer que ya no sabes ni cómo es París.

—Te engañas, Ramón. Lo recuerdo lo mismo que si ayer hubiera pisado el asfalto de sus calles. Y sin tomar aliento, con la frase que le era peculiar en otros tiempos, calurosa y vibrante, hizo surgir ante mi vista el panorama de la gran ciudad en aquella hora: la inmensa baraúnda de los coches; las anchas avenidas tachonadas de luces; el frío intenso de la calle contrastando con la atmósfera recargada

de las tiendas y los cafés; el gentío retirándose á sus casas ó á los restaurantes para saborear la comida suculenta y correr luego á uno de tantos espectáculos en que abunda la capital; el sordo rodar de los tranvías pidiendo el paso con su cornetilla acatarrada.—Si estuviéramos allá—continuó con un tinte de emoción en la voz—esta taza de café la estaríamos tomando en casa de Vachette, y de fijo que no estaría tan buena, porque la habrían adulterado con chicoria; pero en cambio á nuestro alrededor cuánta vida, cuánta inteligencia; mientras que aquí nos hallamos como en el Arca de Noé, rodeados de animales.

—¿Y bien, si tú mismo reconoces que esta vida es estúpida, por qué persistes en ella, malgastando miserablemente lo que te queda de juventud? ¿Quién te obliga á permanecer aquí metido como un anacoreta? Vete para Europa, vuelve á la vida civilizada; eres rico desde la muerte de tu padre, nada te atrasa por consiguiente.

—Imposible. No me hables de salir de aquí. En este retiro me he propuesto pasar lo restante de mis días. Comprendo que tienes sobrada razón, que esta vida es la de un salvaje; pero ¿qué quieres que te diga? Aquí me siento feliz.

—No, Juan, veo que me engañas, que no eres franco conmigo. El hombre que como tú ha nacido artista, no puede vivir sin algún ideal, ó cuando menos alguna locura. ¿Aquí qué te ilusiona, con qué alimentas tu imaginación?

—En mí hace ya mucho tiempo que murió el artista. Sólo ambiciono tener buenas cosechas.

—Eso también es falso. El artista de corazón—y tú eres uno de ellos—nace y muere artista; nada es capaz de apagar en él la llama sublime. En ti podrá dormitar, mas no está apagada. Sóplala un poquito y verás como arde.

Nada me respondió. En la penumbra veía su robusta silueta, doblado el cuerpo sobre la

silla y la frente apoyada en las manos. Vacilaba tal vez. Me levanté y acercándome á él le di una palmada afectuosa en el hombro.—Escúchame, Juan; sé razonable. Tú no andas bien hace ya mucho tiempo. Algo muy grave te ha pasado sin duda, quizá una de esas heridas del corazón que sangran por largos años. Convenido; pero no está bien que un hombre tan valeroso como tú se eche á morir de este modo. Créeme, casi casi valiera más que te pegaras un tiro. Pero no, es necesario que sacudas esa torpeza que te embarga, que triunfes del dolor. Lo demás es cobardía. Sigue mi consejo, vuelve á París; allí está la salud, la vida para ti.

—No, no—replicóme moviendo tristemente la cabeza.—Es tarde; ya estoy embrutecido . . . . El mal del país . . . .

Largo rato hacía que había llegado la noche, noche de enero, clara y fría, que nos obligó á recogernos al interior de la casa. Juan estaba mortificado y sombrío; fumaba sin cesar,

mascando nerviosamente el tabaco. Volví á la carga:

—A todas estas no me has dicho aún el motivo que te obliga á estar aquí metido.

Se rebulló en la silla, echó una bocanada de humo, y como quien se resuelve á pasar un mal trago comenzó á decir:

« Puesto que te empeñas en saberlo te lo contaré, pero desde luego te advierto que no hay en todo ello el más pequeño argumento de folletín; de manera que si lo que tú esperas es una relación novelesca te llevas un chasco, y esta descepción será el castigo de tu curiosidad. Todo lo que vas á oir es cursi, casi vulgar; sin embargo ha sido lo bastante á desquiciar mi vida. Procuraré ser breve porque me encocora hablar de estos asuntos.

« Supongo que no habrás olvidado mi salida precipitada de París. Pues bien, llegué aquí contento y lleno de ilusiones; porque era lo que yo me decía arreglando las cosas á mi sabor: « Llego, abrazo á mi padre que es una buena pasta y le explico lo sucedido; él se pondrá

contentísimo al saber que tiene un hijo que va á trastornar el mundo musical, y sin pensarlo siquiera suelta la mosca y me vuelvo á París á continuar mis estudios.» Ensueño todo, Ramoncito; nada salió á medida de mis deseos. Mi padre estaba furioso y se mostró inflexible. Cada vez que le hablaba de mis esperanzas, gruñía con su rudeza de labriego inculto y lleno de preocupaciones: —Paparruchas, paparruchas; eso no es trabajar. Vagabundería y ganas de no hacer nada.—¿Y cómo persuadir á un hombre de su laya de que la labor artística es la más ardua de todos? Imposible. Mi padre era el tipo acabado del costarricense: terco, astuto, laborioso y avariento. En su boca la palabra trabajo tenía inflexiones que sonaban como un eco lejano de golpes de pala y crujidos de arado. Yo le quería mucho y respetaba más, pero mi naturaleza impresionable y nerviosa, amante en extremo de las formas, sufría lo indecible al chocar con aquella otra tan ruda y prosaica, ante la cual tenía sin embargo que doblegarse con no poca vergüenza y

humillación. Porque bien miradas las cosas yo había dejado de ser un niño, y mi padre se empeñaba en tratarme de la misma manera que cuando tenía diez años. Además, no era culpable de haber nacido artista, con el alma llena de esa pasión por lo bello, la más constante y tiránica de todas.

« Fácil es adivinar cuál fué mi vida desde entonces. Encerrado en esta hacienda por orden de mi padre, para que *trabajase*, me aburría como se aburre el prisionero. El estado de mi ánimo era de completo abatimiento, de desmoralización vergonzosa y pueril. Estaba como borracho de opio, sin bríos, incapaz de nada. Así pasé un año entero, sin leer una página ni escribir una línea; por esto dejé tus cartas sin respuesta. Un domingo, obligado por ciertos quehaceres, tuve que ir al vecino pueblo de Escazú. Entre la gente que salía de misa conocí á una mujer encantadora. La amé desde el punto que la vi, con esa vehemencia que es signo distintivo de mi carácter. Vida nueva; ya no tenía sosiego rondando á caballo la ha-

cienda donde ella veraneaba. A la semana, presentación oficial; un mes después, anillo de compromiso; todo en un periquete. Para ser franco, yo estaba loco. ¡Quería tanto á esa mujer!

—¿Y entonces cómo se explica que no te casaras con ella?

—Esa es la causa de mi desgracia. Al lado de esa mujer hubiera sido el hombre más feliz del mundo. Pero este maldito carácter mío; esta cosa que no me puedo explicar, y que sin embargo me domina hasta el punto de obligarme á hacer boberías contra mi voluntad, fué la culpable de todo. La inconstancia me perdió, Ramoncito, esa maldita inconstancia que me convierte en una veleta que gira al soplo de caprichos y extravagancias. La satisfacción de un deseo es para mí el principio instantáneo de otro. Yo amaba á esa mujer con toda mi alma, y sin embargo en cuanto me convencí de que mi cariño era correspondido, me propuse engañarla con otra á quien no quería ni pizca. ¿Puede darse mayor bobería? Mi

conducta fué la de un necio, y así lo comprendía desde entonces.... pero ¿qué quieres?.... la cosa, la cosa ésa tuvo la culpa.

«Ya sabes cuánta es la indiscreción en los lugares pequeños. El asunto no tardó en saberse y sucedió algo mucho peor de lo que es usual en estos casos, pues las más de las veces suelen terminar con una escenita de celos seguida de juramentos y protestas, concluyendo luego el sainete con un generoso perdón que se concede al delincuente. Nada de esto pasó en esta ocasión. La niña era digna y orgullosa quizás en demasía, y fuí despedido cruelmente, sin ceremonias.... Como aborrezco el sentimentalismo no he de molestarte refiriéndote mis sufrimientos; por las consecuencias puedes juzgar de lo que han sido. Ese amor desgraciado es lo que me tiene así.

—¿Y qué ha sido de ella?

—¿Ella?...... Parece que también pasó días muy amargos; pero concluyó por olvidarme y casarse. Hoy parece ser dichosa.

—Pobre Juan, me das lástima; créeme

que te desconozco. Tú, un parisiense corrido y escéptico, caer en semejantes sensiblerías!

—No te burles, Ramón—me respondió con voz grave y triste;—mi dolor es verdadero y la herida tan honda que no sanará jamás.... Conque ya sabes mi secreto. Una intriguilla sentimental me ha hecho desgraciado para siempre.

—¡Para siempre! Con qué facilidad aplicáis los enamorados este vocablo...... para siempre..... Vamos, no digas tonterías. Me vas á hacer el favor de liar tus petates y..... á París!

—No te empeñes—me replicó con exasperante terquedad;—mi resolución es inquebrantable. El dolor es lo único que hay en mí de constante. Aquí la amé; aquí he padecido por su causa, y aquí he de morir recordándola.

Ahora es esta su locura—pensé yo.

***

Varias veces volví á visitar al infeliz amigo, y en todas ellas agoté cuantos medios de persuación estaban á mi alcance para ver de arrancarle del lastimoso estado en que vivía. Mas todo fué en vano; seguía en sus trece más obstinado que nunca.

Habrían transcurrido unos tres meses desde que por primera vez le había vuelto á ver, cuando una mañana, hallándome en la cama todavía, ¡cataplún! Juan Zamora en mi alcoba. Venía desbordado de alegría.

—Tienes razón, mucha razón—me repetía paseándose por el cuarto, mientras yo me chapuzaba.—Me voy . . . . lejos, bien lejos. Este condenado país es lo que me tiene enfermo . . . . Me largo para no volver nunca. Muy bonita es América, sí . . . . para vista en panorama.

—Bien, bien, Juan. Me alegro mucho de verte tan juicioso.

—Ahora sí que voy á ser feliz, Ramoncito. ¡Qué paz tan envidiable! ¡Qué tranquilidad sin igual!

—¿Qué estás diciendo ahí de paz y tran-



quilidad ? Jaleo, mucho jaleo es lo que te hace falta. Un jolgorio constante hasta que te salga toda la hipocondría que tienes almacenada en el cuerpo. Lo dicho, mucha alegría y muchas trapisondas.

—Bah, bah ¿qué sabéis los médicos de las enfermedades del alma, si no entendéis tan siquiera las del cuerpo ? . . . . . No te enfades, Ramoncillo, pero es otra cosa muy distinta la que he discurrido. Verás qué proyecto tan bonito . . . . . Me voy á Italia . . . .

—Bravísimo. Las italianas te curarán.

—No me interrumpas. Me voy á Italia . . . . . á encerrarme en un convento.

Sentí que la casa se me venía encima. Me fuí á él muy encolerizado y cogiéndole por los hombros le sacudí con violencia.—Vamos, Juan—le dije—tú estás loco, loco de remate. Eso del convento es el colmo de la chifladura. En el siglo pasado aun se comprendía que un hombre de talento se metiese fraile, porque las ideas, las costumbres eran otras. Pero hoy en día, Juan de mi alma, sólo cometen esa lo-

cura los necios y los truhanes, y tú no eres ni lo uno ni lo otro.

—¿Dime qué vida hay comparable á la del fraile? Y si no . . . . .

—Sí, ya sé todo lo que me vas á decir. La felicidad lejos del mundanal bullicio; el suave bálsamo para los heridas, etcétera. Todo eso está muy bien para dicho en novelas; es muy bonito, muy sentimental, pero en la vida práctica resulta una filfa. Lo que tú tienes—y ya que es forzoso hablar claro te lo diré—es un espantoso desorden cerebral, eres víctima de la enfermedad de nuestro siglo, de ese mal misterioso que puebla hospitales y manicomios con hombres de ingenio, de la terrible neurosis.

—¡Neurótico yo! Sólo esto me faltaba. Ya no tenéis los médicos otra palabra en la boca. Todo bicho viviente padece ahora el ridículo mal. Sale por ahí un majadero escribiendo tonterías en lenguaje incomprensible y epiléptico. . . . neurosis; pierde la chaveta algún pintamonas por tantas turcas como se ha puesto en la vida . . . . neurosis. Estoy por creer que

los franceses han inventado la palabreja para encubrir la falta de talento. Cuando pase la moda y digan de alguno: es un neurótico, todos entenderán que es un tonto.

—Búrlate cuanto quieras, pero lo que te trae tan á mal traer es una neurosis de las finas. Esa *cosa* inexplicable de que me has hablado varias veces y que te obliga á obrar como un chiflado ¿qué crees tú que es? ¿Qué significa esa inconstancia que te domina, la que de médico te transformó en pintor, luego en músico, más tarde en enamorado incurable y ahora está en vías de hacer de ti un cartujo? ¿Te imaginas acaso que si hubieras logrado casarte con esa mujer á quien pretendes amar tanto, guardarías aún su memoria? Pobre amigo mío, ya no te acordarías ni del santo de su nombre. Tú mismo me lo has dicho, la satisfacción de un deseo es para ti el comienzo de otro; y no me negarás, mi querido Juan, que todas estas cosas son síntomas alarmantes.

—Dejarías de ser médico si no vieras en

cada individuo un paciente, y en las manifestaciones más naturales pródromos de peligrosas enfermedades. Pero á Dios gracias y á despecho de tu ciencia me siento tan campante.... Lo dicho, Ramoncillo, me meto fraile. Todo cuanto me arguyas en contra de esta resolución mía será predicar en desierto; por lo tanto no hablemos más del asunto.... ¡Si vieras qué contento estoy! Ya no tengo sosiego pensando en el momento de llegar á Italia, la vieja madre de los artistas. ¡Qué vida tan deliciosa voy á pasar! Vida puramente espiritual. ¡Qué contraste con la que hasta ahora he llevado!.... Mi celdita blanca, bien fregoteada; en la reja un búcaro de claveles y un rayo del bello sol italiano. El claustro inmenso con baldosas de mármol. La capilla toda poblada de telas maravillosas. El humo perfumado del incienso subiendo en espirales á la bóveda, en medio de los cantos celestiales del órgano y del susurro de las plegarias...... ¿Qué mayor felicidad puedo desear en este mundo? Allí daré rienda suelta á mis afi-

ciones. Pintaré cuadros religiosos y compondré música sagrada.

*
* *

Hoy se embarcó Juan Zamora con rumbo á Génova y propósito firme de alcanzar un lugarcito en el calendario.

Bien pudiera ser. Hay en él estofa para algo grande.



LA PERLA NEGRA

15



La perla negra

LA primera persona con quien tropecé al entrar en la venta de la famosa colección Samuel fué con Vilers. Andaba husmeando, según él mismo me dijo; asistía como tantos otros allí presentes, á la batalla de billetes de banco empeñada entre algunos barones de la alta finanza y media docena de yankis, tan ricos como entendidos en el negocio de tocino y carnes saladas.

—Dime si no es una lástima—exclamó Vilers, tuteándome como lo tenía de costumbre

con los pollos del club—que estos alcornoques se lleven semejantes maravillas á sus ridículos *homes* de ultramar; que este admirable esmalte de Limoges, verbigracia, vaya á ser colocado en el salón de Mr. Jonathán, junto á un pajarraco disecado. Yo he visto en mi viaje por los Estados Unidos, visto con mis propios ojos, un cuadro auténtico de Meissonier haciendo *pendant* al retrato de un enano célebre . . . .

—¿Y cree V. que todas estas preciosidades estarán mejor en las manos de los hijos de Israel?

—Sí; á pesar de la antipatía que por ellos tengo, los prefiero mil veces á los yankis. Porque el judío—me refiero al judío culto—es muy sensible al arte, y algunos de ellos han despuntado en él; díganlo Meyerbeer, Heine y otros más. Mientras que el yanki compra tan sólo por fachenda, por mostrar que tiene dinero.

Vilers era tremendo en su odio por los hijos de la América del Norte. Los detestaba cordialmente, más que á los ingleses, casi

tanto como á los alemanes. Era uno de esos entusiastas que creen en la superioridad incontestable de la raza latina: un convencido. Cada vez que se enteraba de la salida de algún cuadro con destino á las playas de la gran república, su cólera era tan grande que le producía una recrudecencia de la gota. Vilers era lo que se ha convenido en llamar un tipo. Sus ideas estaban muy lejos de ser las del común de las gentes. Dotado de una agudeza de espíritu muy original, tenía una manera de ver y juzgar las cosas esencialmente suya. Lo que á Vilers se le ocurría á propósito de este ó el otro asunto, con seguridad que nadie más lo pensaba igual. No se le conoció más que una manía: el continuo lamentarse de la desaparición del tiempo viejo, que siempre juzgaba superior al presente; y así esmaltaba de continuo su conversación con frases como éstas: «uno de aquellos pintores como ya no se encuentran;» «un hombre de esos que ya no se ven.» Por lo demás un buen vividor: jovial, escéptico y hasta con sus ribetes de calavera, con

todo y los sesenta años en que ya frisaba. Tenía Vilers otra cualidad por la cual era muy rebuscado donde quiera que se hallase: era un *causeur* admirable. A un caudal inagotable de anécdotas preciosas, añadía un decir encantador y lleno de seducción, que embelesaba al auditorio. Físicamente era Vilers un viejecito coquetón y regordete. Acostumbraba afeitarse toda la cara á usanza añeja, y sus trajes tenían cierto corte que recordaba vagamente las modas del tiempo del rey burgués Luis Felipe de Orleáns.

Vilers sabía de todo un poquito, pero el arte era su fuerte, fundándose en este conocimiento que todos en él reconocían su mayor vanidad. Era un verdadero pontífice en materias artísticas, y sus juicios lleno de inteligencia y fina penetración, habían decidido en más de un caso del porvenir de jóvenes principiantes.

Charla charlando habíamos ido recorriendo las diversas piezas en que se hallaba expuesta la famosa colección Samuel, sacada en venta por la súbita ruina de su dueño, uno de

los príncipes de la Banca, barón israelita cien veces millonario. Al llegar al sitio donde estaban expuestas las alhajas me dijo Vilers:

—Voy á confiarte el verdadero motivo que me ha hecho venir aquí, porque ya sabes que aborrezco estas almonedas vergonzosas . . . . . No puedo con ellas, me enferman.

—En efecto, había extrañado verle á usted aquí.

—La curiosidad, más poderosa que mis nervios, es la que me ha traído. He venido tan sólo por ver una perla que ha de hallarse en esta maravillosa colección; una perla negra . . . . Mírala allí, justamente; allí, en medio de esas dos esmeraldas . . . . No cabe duda, es la misma.

—¡Qué linda es!

—Tan linda que no creo exista otra igual.

—¿Y desea V. adquirirla?

—Dios me guarde de cometer semejante locura. Si me la regalasen no la admitiría.

—Pues yo no vacilaría un instante.

—Harías una barbaridad imperdonable.

—¿Cómo así?

—Esa perla está maldita.

—Bah, qué disparate . . . . ¿Habla V. en serio?

—Más de lo que te imaginas. Entre las muchas catástrofes de que ha sido causa esa perla, se cuenta la muerte de dos de las mujeres más guapas que yo he conocido.

—Como no me ponga V. los puntos sobre las íes no le creeré.

—Tienes razón, porque el caso es extraordinario . . . . Acompáñame á comer y te lo contaré.

Convidar á comer á sus amigos era uno de los mayores placeres de Vilers, que en su calidad de solterón experimentaba á menudo el horrible tedio de la soledad en la mesa.

Nos encaminamos á casa de Voisin. Mi anfitrión, dictado que hubo la lista, abundante y suculenta, comenzó á decir:

—Si hubieras conocido á Blanca Raymond, comprenderías mejor la suma de fatalidad y des-

gracia que encierra esa preciosa joya. ¡ Blanca Raymond ! ¡ qué muchacha tan soberanamente bella ! Una mujer de lo que ya no hay. Aun me parece estar viendo aquellos ojos azules, húmedos y resplandecientes; dos zafiros dignos de la corona de un rey oriental. ¿ Y los dientes? Imagínate dos hilos de perlas hechos para el brazo de una muñeca y puestos en un estuche encarnado, y tendrás una débil ficción de lo que eran aquellos dientes que hubiera envidiado un cachorro. Pero lo mejor era la cabellera, rubia como los trigos, ondulante y sedosa, que al desprenderse del peine bajaba hasta las corvas como una cascada de hebras doradas.

Blanca fué la más hermosa de todas esas grandes sacerdotisas del amor que brillaron durante los mejores días del segundo imperio. ¿ Qué deseó que no lo tuviera en abundancia? Diamantes, caballos, palacios, cuadros soberbios, todo lo más rico y espléndido de este mundo lo llevaba ante sus altares una turbamulta de adoradores regios. Y ella nada agra-

decía, todo lo menospreciaba: era de raza.... Un corazón de pedernal.

Rara vez tuvo algún capricho, porque sus esclavos no le daban tiempo para ello. Sin embargo, la noche de un estreno famoso en la Ópera sintió uno tan vivo, que estuvo en un tris de caer en síncope por la violencia del deseo unida al enervamiento que le causaban los aplausos de los unos y los pitidos de los otros.

Había visto, pendiente del cuello de lady M... un collar de siete hilos de perlas, diez veces más rico que todos los suyos juntos. ¡Virgen santa, qué perlas! La negra sobre todo, la negra. ¡Y qué contraste tan encantador hacía en medio de sus compañeras blancas! Eso sí que era espléndido.... El collar valía una fortuna, ciertamente; pero no faltaría quien se lo quisiera comprar. ¡Vaya si no faltaría! Lo arduo del asunto no estribaba en el precio; eso era lo de menos. La dificultad estaba en que la noble lady se resolviese á vender una alhaja que á más de ser espléndida, tal vez única, era

el regalo de bodas de su marido . . . . Vamos, un imposible.

Pero es de creerse que Blanca había venido al mundo con el sino de no tropezar con ninguno. Si hubiese deseado una corona no habría faltado un monarca que á sus pies depositara la suya. Quiso que lord M . . . la amase y así fué; que por ella faltara á las conveniencias, á la dignidad, al honor, á todo en fin, y lo consiguió también. Un día le dijo: «Quiero el collar de perlas de tu mujer,» y aquel duque y par de Inglaterra, por cuyas venas corría sangre de reyes, se convirtió en ladrón por complacerla. La pobre duquesita que adoraba á su marido, no pudo sobrellevar este último golpe y se tomó un veneno. Conque ve apuntando desgracias.

—¿Qué clase de mujer era lady M . . . ?

—Un ángel y muy hermosa además; eso sí en extremo romántica y apasionada; su muerte lo prueba. Excuso decirte que el marido tuvo que dejar inmediatamente el puesto que ocupaba en la embajada inglesa y desde

entonces no se le ha vuelto á ver en ninguna parte. Por lo que hace á Blanca no le impresionó poco ni mucho la catástrofe causada por su insano capricho. Más enamorada que nunca de la famosa perla, se echó á buscar una igual para hacerse un par de zarcillos.

—Y la encontró, por supuesto.

—Pues, como se hubiera empeñado mucho, de fijo que la consigue; pero el sucesor de lord M . . . , un marqués italiano, asustado por la dificultad de la empresa, diplomático y artero como lo saben ser sus compatriotas, logró convencerla de que sería mucho más original y bonito llevar en una oreja la negra y en la otra una blanca de iguales dimensiones. Seducida por la idea, Blanca siguió el consejo. Por donde puedes ver que lo de más vale maña que fuerza es una verdad como un templo.

No pasó mucho tiempo sin que la influencia de la maldita perla se manifestara de nuevo; y esta vez de la manera más extravagante. Blanca, la del corazón de hielo, se enamoró locamente. ¿De quién me preguntarás? ¿De

un buen mozo, de un nabab, de un tenor, de un artista? Esto era casi lo natural; pues nada, amigo mío; le dió la ventolera de chiflarse por un arqueólogo, hombre sapientísimo, con su mezcla de explorador y aventurero; sujeto raro que gastaba levita verde y gafas azules.

—¡Qué atrocidad!

—Ahí verás. Pero lo más gracioso del caso fué el azoramiento del grave académico de la de Ciencias, cuando se vió perseguido y asediado por la hermosa impura, como él solía llamarla. De la noche á la mañana puso tierra de por medio, agregándose á una expedición científica que por esos días salía en busca de las fuentes del Nilo.... ¡Pobrecillo! En su ignorancia de sabio se imaginaba que esto sería lo bastante para escapar de las garras de una mujer encaprichada. El día que zarpó el barco en que los expedicionarios se proponían remontar el Nilo hasta donde fuera posible, se apareció Blanca ante los ojos espantados de su arqueólogo, vestida con un lindo traje de explorador africano. Nada le faltaba; ni la cara-

bina de repetición ni el revólver de fuerte calibre.

—¿Y la perla?

—En la oreja derecha, como siempre.

—Los detalles de esa expedición deben de ser divertidísimos. Supongo que el sabio arqueólogo concluiría por dejarse querer.

—Sólo Dios sabe lo que allí pasó, porque á la expedición se la llevó el diablo. Nadie ha vuelto á saber más de ella. En algún periódico se dijo al cabo de mucho tiempo que los exploradores habían sido devorados por ciertos negros antropófagos. ¡Pobre Blanca!... ¡qué buen bocado sería!

—¡Es posible! ¿Y cómo se explica que la perla negra se haya vuelto á encontrar?

—Lo ignoro. Lo único que he podido averiguar á fuerza de indagaciones es que fué vendida hace algunos años en el Cairo por un traficante de esclavos que sin duda la trajo del centro del África. La compró entonces un poderoso bajá, que poco tiempo después moría envenenado por una de sus mujeres. Luego ase-

guran que vino á manos del Jedive . . . . Estando aún en su poder ocuparon los ingleses la tierra de Egipto.

—¡Diablo! voy creyendo ya que tenía usted razón al asegurar que está maldita.

—No lo dudes. Aquí donde me ves, gracias al conocimiento que tengo de la dichosa perlita, pude salvar no ha mucho á un antiguo amigo de la desgracia inevitable que se le aguardaba. Tú debes conocerle, el barón de N . . .

—Perfectamente.

—Recordarás entonces que él era nuestro plenipotenciario ante el Jedive durante los días aciagos del bombardeo de Alejandría. Pues tan agradecido quedó aquel soberano de sus buenos oficios, que entre otras cosas le obsequió . . .

—¿La perla negra?

—Justo. Dichosamente pronto regresó á París, y enterado yo del regalo del Jedive me entró una sospecha, manifesté deseos de ver la perla y la reconocí en el instan-

te. El barón de N . . . es un hombre juicioso y prudente; oyó mi consejo y se deshizo de tan peligrosa alhaja. Por último, después de haber pasado por diversas manos le echó la zarpa este judío Samuel para su colección. De esto no hace aún dos años y ya tienes al judío Samuel arruinado, que es lo peor que le puede suceder á un judío . . . . Ahora voy á referirte antecedentes de esa perla. Perteneció á uno de los más opulentos rajás de la India, destronado y muerto por los ingleses. Luego fué vendida en Bombay á un general escocés que pereció en un accidente de ferrocarril al llegar á su casa después de veinte años de ausencia. Y por fin á los herederos de este general la compró en una suma enorme lord M . . . para su regalo de bodas.

—Todas estas cosas son verdaderamente extraordinarias. ¿Por qué no publica usted esta relación interesantísima?

—Me guardaré muy bien de semejante pecado. Nadie daría crédito á mi relato; y sin embargo nada más verdadero . . . . Ade-

más ahora medito una venganza . . . . Lo probable es que alguno de esos mineros enriquecidos, á quienes detesto, compre la perla, y entonces, ruina segura. ¡ El arte tendrá un enemigo de menos !



La esperanza de Vilers salió fallida. Ninguno de los yanquis ofreció nada por la perla negra. La compró un desconocido que, según me han asegurado después, era el hombre de negocios de un príncipe que acaba de perder la corona.



ENTRE CAZADORES



Entre cazadores

HALLÁBANSE reunidos una noche en el casucho de una hacienda situada en el camino de Sarapiquí, media docena de cazadores. La jornada había sido ruda; diez horas á caballo nada menos, por un camino endiabladamente malo: lo bastante para derrengar á cualquiera. A pesar de esto el humor de nuestros cazadores era excelente. Echados sobre los primitivos catres de tijera en que debían pasar la noche, charlaban como descosidos, mientras digerían la comilona que acababan de engu-

llir, salida de las repletísimas alforjas de que todos ellos y sus criados venían provistos. Y aunque al día siguiente muy temprano se proponían dar principio á sus proezas cinegéticas y rato hacía que había cerrado la noche, no se apresuraban á recogerse, distrayendo el sueño con bromas y amistosas pullas. Más prácticos, los mozos roncaban á pierna suelta en un corredor con las sillas de montar por cabecera. Los perros descansaban también, sin cuidarse de la bulla que metían sus amos.

—Di, Enrique—exclamó con zumba un jovencito, dirigiéndose á otro y señalando uno de los perros,—¿es éste el famoso Rayo, el que coge á los tigres por la cola?

El interpelado acudió al instante y con mucho calor á la defensa de su can, cuyas habilidades ponía en tela de juicio de manera tan burlona su amiguito Jorge. ¿Cuál es el cazador que no hace causa común con su perro por malo que éste sea? Parecía mentira, pero allí estaba Pedro (el criado) que lo podía atestiguar si acaso dudaban de sus palabras; Rayo

había sujetado á un tigre por la cola, y qué tigre, un animalote que daba miedo verle aún después de muerto.

Rayo que se oyó nombrar abrió perezosamente un ojo y miró á su amo con ternura, como en agradecimiento del bombo que le estaba dando, aun á expensas de la verdad; cosa que, á haber disfrutado del inapreciable don de la palabra, hubiera él confesado ingenuamente, á fuer de perro de bien y cazador modesto.

Encaminada por este rumbo la conversación era de esperarse que durase hasta muy tarde, como así sucedió. Llovían los exageraciones y extravagancias, porque cada cual procuraba superar lo dicho por el compañero. Los cazadores, ya se sabe, son naturalmente inclinados á la hipérbole; y hombre hay que siendo en todo lo demás dechado de veracidad, en lo relativo á hechos cinegéticos es un cumplido tarasconense.

Las bolas subían de punto. La famosa hazaña de Rayo no valía ya un comino en comparación de las que referían de sus respectivos

perros los otros cinco Nemrods allí reunidos. Transcurrida una hora las estupendas historias de caza rayaban en lo maravilloso y sobrenatural; aquello era un verdadero torneo de mentiras y patrañas; quién aseguraba haber visto al Cadejos, ese animal fantástico semejante á un perro negro y que gasta herraduras; quién haber oído el sollozo espeluznante de la Llorona; otro juraba que una pandilla de brujas, en figura de lechuzas, le había dado caza una noche, llenándole de improperios.

—Pues yo, amigos míos—interrumpió el más viejo de los cazadores, el cual tenía la cabeza como un copo de algodón,—he visto la Cegua y no de mentirijillas como tantos otros que lo cacarean en las veladas para asustar á las gentes timoratas; es más, la tuve entre mis brazos. La vi con estos ojos que se ha de comer la tierra, que dicen nuestros campesinos. Tenía á la sazón veintitrés años y de ese tiempo datan mis canas, que son hijas del susto que pasé.

—Y de los cincuenta y pico.

—Cuarenta y nueve no cumplidos; pero en fin, esto no hace al caso. Oigan ustedes cómo fué y no echen en saco roto, sobre todo tú Jorgito, que andas siempre en malos pasos.

—Gracias por el consejo.

—Ojalá que te aproveche. . . . Pues, tornando al asunto, han de saber ustedes que siendo aún muy joven me dominaba singularmente una pasión: me despepitaba por las mujeres casadas; el fruto del cercado ajeno tenía para mí un atractivo fascinador, irresistible; con él me pasaba lo que á las mariposas con la luz. Tanto era así, que tropezaba hoy con una mujer llena de encantos, pero soltera, y á mis ojos no lo eran; al día siguiente volvíala á mirar, casada ya, y me quedaba lelo. Yo mismo no acertaba á explicarme esta pasión que me mortificaba á menudo. Y no sé cómo los psicólogos franceses modernos no han encontrado todavía un nombre para esta aberración de los sentidos, ahora que tenemos, entre otras cosas, el *sadismo* y algunas más no menos feas.

—Como que eso no es vicio, ni aberración,

ni mucho menos—apuntó el propietario de Rayo.

—Sí que lo es. ¡Vaya una moral la que gastan estos pollos del día!

—La misma de siempre. Pues ¿cuándo ha sido delito perseguir á las casadas hermosas?

—Al grano, al grano—exclamaron varias voces.

—Allá voy; y puesto que ya están ustedes enterados de mi afición, no extrañarán que estuviera por aquel entonces—me refiero al tiempo en que tenía veintitrés años—perdido por una morena que valía tanto ó más que el Banco de Inglaterra.

—Un poquito menos.

—Nada; no rebajo un centavo. Era una mujer sin par .... Vamos, que si el demonio astuto se la hubiese puesto por delante al bueno de San Antonio, habría un santo de menos en el almanaque. Y con esto coqueta, coqueta hasta lo indecible; sea dicho para mi disculpa. Pero esta misma coquetería era su mayor de-

fensa. ¡Qué manera de escurrirse! Una anguila no es más lista. Cuando se me figuraba que ya la tenía en mis manos ¡zas! se me escapaba como si fuera de jabón. Pero lo hacía con tanto salero, se burlaba de mí con tanta gracia, que no era posible guardarle rencor; antes bien, después de cada rabieta de estas, se estrechaban más y más las mallas de la red en que me tenía prisionero aquel diablillo con faldas, poseedor del más dulce y artificioso señuelo.

El carácter de Blanca, que así se llamaba, era un misterio indescifrable. Todos la tildaban de liviandad, pero ninguno podía precisar un solo hecho en apoyo de tan severa acusación. La mayor parte de sus detractores se limitaban á decir: «No hay más que verla.» Pero á cuántas mujeres se condena con sólo esta frase; y cuán á menudo pagan incautas por pecadoras! La sociedad quiere apariencias; saberlas guardar es lo esencial; porque el hábito sí hace al monje en la mayoría de los casos. Lo cierto era que en seis meses de cons-

tante asedio, no había conseguido de Blanca el más pequeño favor, apesar de las malas lenguas que aseguraban que ya nada tenía que pedirla.

Y en realidad las apariencias nos condenaban, pues era ella tan poco precavida, que á veces se me figuraba que se complacía en hacer creer á las gentes lo que tan lejos estaba de la verdad; llegando su extraña conducta al extremo de que en público se mostraba conmigo amartelada, y cuando estábamos solos era la virtud hecha mujer.

Blanca no tenía afición marcada por ninguna de las cosas que suelen gustar á las mujeres. Los pájaros y las flores le eran casi indiferentes; los versos la fastidiaban; la música, apenas la sufría con paciencia; el vals sí le gustaba un poquito, un poquito nada más y con buena pareja. En cambio se moría por los caballos; esta afición era en ella un delirio, un frenesí. Pero más que todo le gustaba galopar; parecía no tener noción del peligro, su arrojo rayaba en la temeridad. Cuando la mi-

rábamos correr como una loca, saltando fosos y vallados, á su marido y á mí se nos ponía la carne de gallina. Ella se burlaba de nuestros sustos, animándonos á seguirla, radiante de hermosura, con los negros cabellos al viento, el pecho y la nariz palpitantes por la rapidez de la carrera. Entonces me lanzaba yo tras ella, persiguiéndola con furia, pero nunca logré alcanzarla; se me escapaba como si fuera una ráfaga de viento ó una ilusión dulcemente acariciada.

Sabiendo de qué pie cojeaba mi tiranuela, fácil es suponer que hacia allí iba dirigido el ataque. Todo lo volvía pretexto para cabalgar; aquello era un trotar sin descanso.

—¿Pero qué tiene que ver la Cegua con estos trotes?—observó uno de los cazadores entre dos bostezos.

—Ahora lo sabrán ustedes; pero antes era necesaria esta digresión para mayor claridad del suceso.

—Vamos, no interrumpir—dijo otro,—que ya es tarde y el cuento se alarga.

—Insisto en que esto que refiero no es cuento, sino la pura verdad.

—Bueno, bueno; adelante.

—Pues bien, una de tantas veces organicé un paseo á casa de un compadre mío campesino, que estrenaba un trapiche, con molienda y mazamorra. Nunca estuvo Blanca más seductora que ese día. Montaba un soberbio alazán tostado que hacía caracolear con incomparable gracia y maestría. Íbamos más ó menos quince personas, todas, ó casi todas jóvenes y muy dispuestas á divertirse. Llegamos para almorzar, lo que hicimos debajo de un gigantesco higuerón, arrodajados sobre el césped y con hojas de plátano por mantel. Después, al trapiche donde ya estaban listas y amontonadas las cañas y los bueyes enyugados. Comenzó la molienda. Crujía el trapiche con chirrido agudo de madera nueva; entraban por un lado las cañas amoratadas y lucientes, llenas de jugo, y salían por el otro quebrantadas y secas, hechas bagazo, en tanto que el rico zumo corría por una canal hacia las pailas de cobre,

debajo de cuyo vientre abultado roncaba el fuego. A poco ya hervían despidiendo un olor delicioso que ponía ganas de probar; y todos nos divertíamos lo indecebible con los diversos detalles de la maniobra; bebíamos espumas y caldo; comíamos caramelo; después la emprendimos con la mazamorra que estaba exquisita. Yo hacía el oso de manera que daba grima, hociqueando en el guacal en que Blanca bebía, y haciendo otras sandeces por el estilo, propias de enamorados. Tan contentos estábamos todos que resolvimos quedarnos hasta la noche para regresar con la luna.

A eso de las ocho montamos de nuevo á caballo, después de dar las gracias á mi compadre, que se confundía en saludos y frases amables á su modo; Blanca y yo cerramos la marcha. La noche estaba hermosa y templada; arriba, en medio del cielo, resplandecía la luna, á cuya luz mate y blanquecina tomaban los objetos formas fantásticas de sombras chinescas; en torno, el gran silencio nocturno de los campos, interrumpido á ratos por el ladrido le-

jano de un perro ó el cuarrear de las ranas en las zanjas. Llegó un momento en que desaparecieron de nuestra vista los que iban delante, por tener sin duda más prisa de llegar que nosotros. Nuestros caballos caminaban tan cerca el uno del otro, que dos ó tres veces el pie de Blanca rozó con mi rodilla, y á cada una estuve próximo á caer al suelo; el contacto de su cuerpo me producía un espasmo. Pasado un rato entramos en un sendero obscuro, á causa de la bóveda que por encima formaban los árboles de los cercados; los rayos de la luna pasando á través de los follajes, sembraban el suelo de puntos relucientes como monedas de plata; los caballos se estrecharon un poco más. De pronto Blanca inclinó rápidamente la cabeza hacia mi lado para evitar una rama baja, y sentí su oreja nacarada al alcance de mis labios por algunos segundos. Sin duda fué ilusión de mi deseo, pero me figuro que hubo en este movimiento cierta complacencia; mas, de repente, con súbita resolución, partió como una flecha. Hundí las espuelas en los ijares de mi

caballo que dió un relincho de dolor y salió disparado tras del compañero. Aun tiemblo al recordar aquella carrera vertiginosa; iban los pobres animales casi sin tocar el suelo, sacando chispas á las piedras del camino. En breve estuve cerca de ella y, ebrio de gozo y sin piedad, apreté de nuevo las espuelas y me puse á su lado. Entonces sin respetar más nada, como el lobo que cae sobre la presa, la enlacé con el brazo derecho, y sacándola de la silla la puse sobre la mía . . . . Buscan frenéticos mis labios á los suyos; balbuceo frases de amor entrecortadas y ¡horror! me responde una carcajada infernal que me hiela la sangre en las venas. Miro, y doy un grito de espanto: lo que entre mis brazos estrechaba era un monstruo.

No me doy cuenta de lo que después me aconteció. Al día siguiente fuí encontrado en un foso por unos labradores que me creyeron muerto. Mis cabellos de negros que eran se trocaron en blancos. Recuperé la salud, pero

nunca más volví á codiciar el fruto del cercado ajeno.

—Basta de charla, señores—dijo Enrique; —á dormir que tenemos que madrugar.

Diez minutos después roncaban todos con la mayor tranquilidad; solamente Jorgito, que no era ningún valiente y estaba enamorado de la mujer de su zapatero, soñó toda la noche con la Cegua.



SEVILLA



DE MIS RECUERDOS DE ESPAÑA

Sevilla

Quien no ha visto á Sevilla
No ha visto maravilla.

EN este siglo de exasperante materialismo, de frío progreso, en que nada hay digno de respeto para el pico del demoledor, ni cosa alguna para cuya hechura no exista una horrible máquina de patente, es empresa muy ardua dar con un pueblo virgen aún de la moderna fiebre destructora. Allá en el corazón de Andalucía vive uno que se defiende heroicamente de las

embestidas del monstruo insulso de lo nuevo: Sevilla.

Sevilla es la ciudad poética por excelencia. Llena de leyendas y tradiciones, todo en ella es artístico, profundamente original. Sus monumentos y sus casas, sus torcidas callejuelas, las mujeres, el sol, el cielo son allí distintos; el aire mismo parece que fuera otro, un aire sevillano hecho adrede para los pulmones de sus habitantes. Al rayar del alba aun se ven deslizarse sobre las baldosas de sus calles, las sombras conquistadoras de los Tenorios de los siglos que fueron; y cuando la luna deja caer su luz pálida sobre las floridas azoteas de sus casas blancas, acuden á ella presurosas las almas de todos los poetas que han muerto, á contar deliciosas historias de amor, reunidas en fantástico aquelarre. Sevilla es el refugio de la poesía y del arte, el recuerdo vivo de las edades muertas. Sevilla no se parece á ninguna otra ciudad del mundo. Sevilla es Sevilla.

Algunos creen que la ciudad favorita del Islam está encantada, y yo no lo dudo, porque



la existencia del hechizo es evidente, palpable. Su maravilloso influjo es tal, que á ninguno es dado librarse de él. El extranjero que pisa la tierra sevillana siente al punto el contagio: una ola de sangre calurosa se precipita por las venas de su cuerpo, y sentimientos de un género desconocido hacen vibrar dulcemente las cuerdas íntimas de su alma. El más frío y flemático se trueca en un decir amén en colegial enamorado y dispuesto á entregar su corazón sin vacilar, á la primera muchacha de ojos negros que se encuentre á la vuelta de una esquina. Sevilla es la patria del amor.

Esbelta y ligera como una saeta disparada al cielo, álzase en medio de ella la Giralda, la torre sin rival, el alminar de Yacub ben Yusuf: allí está el hechizo. La Giralda es la vara del nigromante bajo cuyo poder vive la reina del Guadalquivir; en sus cimientos, embutido en el capitel de una vieja columna romana, se oculta el maravilloso talismán. Sevilla morirá cuando la Giralda se desplome; pero la Giralda es imperecedera, como el arte, como la poesía. Ocho-

cientos años han pasado ya sobre ella, y lejos de envejecer cada día está más nueva, más hermosa, como si ayer hubiera salido de manos del artífice. Numerosas rampas de fácil ascenso conducen á la plataforma altísima del gracioso alminar. Desde allí se goza del fascinador encanto que se desprende de Sevilla y de una ojeada se abarca el panorama de la ciudad y el paraíso que la rodea.

Hacia un lado el verde campo de Tablada, no muy lejos el Guadalaquivir famoso y la Torre del Oro, al Occidente el Ajarafe de los sarracenos, el territorio más fértil y hermoso de la tierra, con sus bosques de higueras y olivos y sus blancos caseríos; á lo lejos Castilleja, entre cuyos muros expiró miserable el conquistador de uno de los imperios más grandes del mundo, el bizarro Hernán Cortés. Al pie de la torre yace grandiosa la inmensa mole gótica de la Catedral donde tantas generaciones han orado, y cuya magnificencia y enormidad sobrepujan al soberbio deseo que manifestó uno de los prebendados cuando se trataba de cons-



truirla: *Hagamos*—dijo—*una iglesia tan grande, que los que la vieren acabada nos tengan por locos.* Cuadros de Murillo y de Zurbarán, alhajas de riqueza fabulosa, esculturas admirables, altares y verjas que pasman, sepulcros magníficos; todo lo que el arte y el oro pueden acumular debajo de las bóvedas de un templo maravilloso, hállase con profusión en la catedral sevillana. La Biblioteca Colombina, fundada por un hijo del inmortal descubridor de América, también está en su recinto.

Cerca de la Catedral está el Alcázar, un palacio de cuento, rival de la Alhambra. Fríos y altos muros guardan celosos los tesoros del interior, maravillas creadas por la imaginación delirante de los artistas sarracenos. Muros cubiertos de arabescos tan lindos que parecen modelados por las manos pequeñísimas y habilidosas de las hadas, azulejos innimitables, columnas de mármol de imponderable esbeltez, bóvedas que deslumbran, arcos de caprichosa estructura, tenues como finísimo encaje, y de curvas tan ligeras que diríanse trazadas por el

vuelo de los pájaros, ricos techos de maderas exóticas incrustadas de marfil, mármoles de cien colores; en fin, un palacio de ensueño donde se oye resonar todavía el eco de las panderetas de las sultanas y la extraña modulación de sus cantos llenos de ardiente poesía.

Y así como no hay mujer linda sin luengos cabellos, no hay palacio sin jardines. Los del Alcázar son maravillosos; por todas partes flores, naranjos y fuentes, alamedas de cuyo suelo brotan mil chorritos de agua al capricho de una llave, obscuras enramadas que refresca la brisa con soplo suavísimo, deliciosos rinconcitos que guardan aún el susurro de los besos de las moras ardorosas. Oculta á medias por frondosos árboles, asoma la entrada de los baños regios que vieron reflejarse las frescas y sonrosadas carnes de doña María de Padilla en las cristalinas aguas que solían beber el rey don Pedro y sus cortesanos, después de bañarse en ellas la hermosa favorita; enfrente el precioso cenador de Carlos V, por allá el estanque del jardín de la Danza, y en cada sala del

palacio, en cada alameda de los jardines, evccando un mundo de recuerdos, mil leyendas y tradiciones, que hacen del Alcázar un sér animado que vive y respira, que siente y ama.

Torciendo la vista á la derecha aparece con toda la fría majestad de su severa arquitectura la antigua Lonja, hoy archivo de Indias. Allí, descansando en magníficos estantes de caoba y oculta en las páginas de viejos y polvorientos manuscritos, está la historia de la más grande epopeya que han visto los siglos: la conquista de América. Más allá el palacio de San Telmo con sus tupidos bosques de naranjos. A orillas del Guadalquivir, el renombrado paseo de las Delicias, lleno de efluvios primaverales y de árboles que dejan caer sobre los transeuntes una lluvia de flores perfumadas y blancas.

Y por todos lados, sin que haya tiempo de fijar en ellos la vista, aparecen palacios, iglesias, jardines y conventos, restos gloriosos de la grandeza de otros tiempos en que no había progreso ni había yankis, y que por desgracia no

volverán. La casa de Pilatos, espléndida mansión perteneciente á los duques de Medinaceli, que á semejanza de la casa del pretor romano se propuso construir á su vuelta de la Tierra Santa el adelantado Per Enríquez, y que terminó el primer duque de Alcalá D. Per Afán de Ribera. El Ayuntamiento con sus tres fachadas platerescas, de las cuales una resulta un prodigio con sus festones del Renacimiento. El Hospital de la Caridad fundado por don Miguel de Mañara, el impío caballero de Calatrava que vió una noche desfilar su entierro á la luz de las antorchas, el don Juan de carne y hueso que, arrepentido y contrito, fué después piadoso y santo. La Plaza de Toros, cuya línea curva se dibuja en lontananza, el teatro donde se representa el espectáculo sangriento favorito de los españoles, bárbaro si se quiere, pero que conmueve y enardece, apoteosis del valor, de la fuerza y la destreza, tres cosas que cautivan á los pueblos varoniles. El puente de Triana tan admirado por los sevillanos, y por el cual desfila todas las tardes, á la hora en que

detrás de él se hunde el sol en el río, la cigarrera de andar voluptuoso, mirada provocante y flor en el moño, la que lleva siempre fuego en el pecho, y en los labios, pronto á dispararse como un cohete, el dicharacho agudo, mujer incomparable, mezcla de gracia y desvergüenza.

Y luego como un gran lienzo extendido el blanco caserío, cortado caprichosamente por callejas que serpentean; azoteas cuajadas de tiestos multicolores, columnas y patios de mármol, fuentes que refrescan el aire y flores que lo embalsaman, paredes blancas, ajimeces y balcones por entre cuyas rejas asoman caras encantadoras y ojos de mirar profundo, atrayentes como el abismo, plazas sombreadas por altas palmeras que recuerdan el Oriente; y dando vida y calor á este cuadro hechicero, la indolente y abigarrada población sevillana: la mujer de cháchara picante, bella y ardiente, que se engalana con la graciosa mantilla, el torero de aire conquistador y perdonavidas, el mendigo con pujos de hidalgo ofendido, la

flamenca de ancha bata de larga cola, mantón chinesco terciado con la *gracia de Dios*, tufos y moño retorcido, en medio del cual se ve plantado un hermoso clavel, como nadie en el mundo lo sabe hacer; el airoso jinete montado en soberbio potro jerezano, el aguador con su botijo y su cantinela de *agua fresca*. Y encima de todo un sol esplendoroso, el que da perfumes á las flores é inspiración á los poetas, el que enciende ardientes pasiones en el pecho de las mujeres y dora las uvas de Jerez.

Dichosa Sevilla, tierra de poesía que dormitas y sueñas tranquila en medio del bullicio y de la fiebre que á los modernos pueblos consume. ¿ Lograrás escapar del bárbaro progreso? Ay! no lo creo. El terrible monstruo todo lo destruye, todo lo devora. Un día llegará ¡ terrible día! en que cuadrillas de salvajes, armados de asquerosos instrumentos, destriparán sin piedad tus casitas blancas, para trazar monótonas y rectas avenidas; hedionda y espesa humarada empañará el azul purísimo de tu cielo; el Guadalquivir glorioso arrastrará tristemente

sus aguas amarillentas, villanamente aprisionado entre muros de sillería; el viejo Alcázar caerá en manos de cualquier Bárnum que lo convertirá en museo de figuras de cera, y la Giralda vendrá á ser chimenea de una fábrica de cerillas. Las mozas de Triana y la Macarena, olvidadas del voluptuoso tango y la seguidilla vivaracha, sólo sabrán bailar el indecente cancán. Habrá *meetings* y socialistas, y hasta se verá á un sevillano subido sobre una mesa, para otra cosa que no sea bailarse un jaleíto de lo bueno. De las mantillas nadie se acordará y serán reemplazadas por el gorrito chabacano de la costurera francesa; y cuando algún erudito exclame al ver pasar una mujer linda *¡ Olé, salero, viva tu madre !* será conducido inmediatamente á la prevención por ultrajes á las buenas costumbres.

Cuando todo esto suceda Sevilla será una ciudad altamente civilizada, navegará viento en popa en aguas del progreso, según lo entienden muchos que pasan desdeñosos y sin detenerse frente á una pintura de Velázquez ó de Murillo,

parándose luego extasiados y boquiabiertos ante una máquina de hacer chorizos procedente de Chicago. Progresistas estúpidos, gusanos roedores de todo lo que no es brutalmente material, asesinos del arte y de la poesía, burgueses rellenos con tocino, que tienen por corazón un estropajo.

Sevilla tiene conciencia de su gran felicidad y se defiende valerosamente contra los que procuran arrebatársela. El hombre más dichoso no es el que pretende volver al mundo del revés, sino el que vive resignado y contento con su suerte; es el sevillano indolente para quien el mundo acaba en la última casa de la ciudad que le vió nacer, el que sabe ahogar todas sus penas con dos cañas de pálida manzanilla; y si lo que llaman progreso ha de arrebatarle esa felicidad envidiable para lanzarlo en el torbellino horrible de la lucha por la vida y de la reforma social, bien hace en mandar al tal sujeto á la punta de un cuerno. Pero al fin sucumbirá Sevilla bajo los golpes del fabricante de calcetines; y cuando se haya per-

petrado el crimen, cuando sólo quede ya la memoria de que en aquel sitio vivió una ciudad maravillosa, toda amor y poesía, vendrán entonces los poetas, si todavía los hay, á buscar un vago recuerdo de las muertas canciones andaluzas y del tañido plañidero de las guitarras, en el melancólico zumbido del viento por entre los naranjos del Guadalquivir.



ÍNDICE

ÍNDICE

PÁGINAS.

ACABÓSE

DE IMPRIMIR

EN LA TIPOGRAFÍA NACIONAL

—SAN JOSÉ DE COSTA RICA—

EL DÍA

12 DE MARZO DE 1894